

Y no contento todavía con esto, en otro lugar enumera las circunstancias únicas en las cuales los varones prudentes y las repúblicas bien concertadas, han de tomar las armas y desenvainar las espadas, y poner a riesgo las personas, vidas y haciendas. Es la primera de ellas en defensa de la fe y de los fueros de la conciencia; la segunda por defender la vida, que es de ley natural y divina; la tercera en defensa de la honra, y la cuarta en defensa de la patria en la guerra justa.

*
* *
*

He concluído, señores, el análisis de lo que puede llamarse *la política del Quijote*. Temo que en este trabajo mis desabridos comentarios hayan sido parte a impedirlos el saborear, como hubierais deseado, las sabias sentencias de Cervantes; pero en cambio abrigo la convicción de que la doctrina que de ellas he deducido rectamente, habrá sido muy de vuestro agrado. Mezclado con el vil metal de mis palabras, os he presentado el oro puro de las del grande ingenio, que tan bien supo pensar como decir.

Si por esto hubiere de recibir la nota de jactancioso, sírvame ante vosotros de disculpa el ejemplo que me dan los encargados de labrar la moneda: al metal noble agregan ellos cierta cantidad de liga; ésta desaparece en la combinación, y aquél, lejos de perder, adquiere mayor brillo y resistencia.

RESPUESTA A CARLOS MARTINEZ SILVA

POR SERGIO ARBOLEDA

Señores académicos:

Comenzaré, antes de entrar en materia, pidiendo perdón a la Academia y a mi buen amigo el señor don Carlos Martínez Silva, por mi tardanza en preparar este discurso. Confieso que me oprimía ya el peso del remordimiento y más aún el temor de que pareciera acaso falta de respeto a la corporación ante quien hablo, el exceso mismo del que ella se merece y yo sinceramente le profeso. Creedlo, señores, me ha sucedido en esta vez con vosotros lo que al tímido colono que, por puro encogimiento y sobra de consideraciones, omite o posterga corresponder la visita con que le ha honrado obsequioso el benévolo propietario. Sin embargo, si los cuidados de una salud delicada, la inquietud de espíritu consiguiente a mis actuales circunstancias y la preferente atención debida a compromisos sagrados, pueden a vuestros ojos excusar o aminorar mi culpa, cubridla, os lo ruego, con el velo de vuestra indulgencia.

De regla es dar principio a discursos como éste con un acto de humilde confesión de incapacidad; mas yo por inoficioso lo omito, pues me asiste el convencimiento de que a nadie se le ha ocurrido dudar siquiera de mi incompetencia en achaques de literatura, siendo como es esta la primera vez que algo escribo relacionado inmediatamente con ella. Sin otros conocimientos en la materia que los adquiridos a medias entre las rudas faenas de la agricultura y los tumultos de la vida democrática, ora en lecturas de puro entretenimiento, hechas al acaso, sin método ni plan, ora en el trato ocasional con las personas ilustradas que como vosotros, me han honrado o me honran con sus relaciones, ocupo un asiento en esta Academia (bien lo sabéis), sin más título que el de vuestra benevolencia, o el que me ha concedido talvez a vuestros ojos, la ley de la solidaridad en la familia, ley por la cual quisisteis probablemente premiar en mí los méritos del malogrado cantor de Pubenza. Y por desgracia mía, no puedo siquiera, como nuestro estimable amigo, que empieza brioso la carrera de la vida, apelar al recurso de reconocermé aprendiz en vuestro nobilísimo taller: los viejos, cargados de desengaños y pérdidas hasta las más inocentes y legítimas ilusiones, ¿qué hemos de aprender? Sólo a morir. Para nosotros es el refrán del colegio: *non valet studere sed studuisse*.

Pero creo, sin embargo, que para algo estoy entre vosotros. Todo hombre tiene su misión aunque sea negativa; sí, aunque sea la del lunar que contrasta con la blanca y rosada tez de una hermosa. Vais a ver en la introducción de mi discurso, que es esta la verdad.

*
* *

Nada en la naturaleza ni en el hombre mismo, a pesar de su inteligencia y de sus innatas aspiraciones a la perfección, es absoluto: todo es relativo. De aquí la ley admirable del contraste, copiosa fuente de riquezas artísticas y literarias, por la cual el Artífice Supremo hace que resalten las bellezas del universo ante los ojos de su criatura predilecta. No estimáramos la hermosura y brillantez del día, sin la contrapuesta oscuridad de la noche; no nos pareciera tan frío y estéril el invierno si no siguiera de cerca el templado y fructífero otoño. Sin el contraste, ¿qué sería de las artes, qué de nuestros placeres, qué de las obras del ingenio, y qué, en fin, de esos mil artificiosos juegos con que nos encanta la imaginación? Suprimid la armónica contraposición de los sonidos, y la música dejará de existir; renunciad a la combinación de diversos colores, de sombras y de luz, y será imposible la pintura. La poesía y las gracias mismas de la elocuencia consisten en el ordenado contraste de pensamientos y de imágenes; y la vida, este conjunto de goces fruto del ejercicio de nuestras facultades y del libre uso de nuestros miembros y sentidos que tan grato nos hace nuestro rápido paso por la tierra, la vida sería monótona, cansada, insoportable; día sin noche, atmósfera sin movimiento, mar en perpetua calma, si las necesidades y el dolor no

viniesen de cuando en cuando en contraste benéfico a turbar la tranquilidad de la existencia, como alteran a trechos negras nubes el nítido azul del firmamento. Esta ley, señores, que rige el universo físico y moral, se cumple hoy, aunque en pequeña escala, en el seno de esta ilustrada corporación para honra y gloria suya, desde luego, pero en perjuicio, no obstante, de quien, fiel al deber que contrajo al aceptar en ella un no pretendido asiento, viene hoy sumiso y resignado a llenar en cuanto pueda la tarea que cual pesada carga echasteis a sus débiles hombros.

El silencio que ha reinado en este recinto durante el discurso que termina, y la inmovilidad de vuestra mirada, fija incesantemente en los labios del orador, dan claro testimonio del interés que os ha inspirado aquella luminosa composición, no menos notable por lo esmerado de su labor y por la importancia y oportunidad de su objeto, que la modestia con que nuestro estimable amigo ha redoblado, sin pretenderlo, su mérito indisputable; y ahora para poner más de relieve sus bellezas como obra literaria, y mejor estimar su riqueza como estudio filosófico y político, tócame a mí, por acertada elección vuestra, contraponer sombra a esa luz, noche a ese día e invierno a ese otoño, con este pobre discurso mío, en el cual, fuera de su mérito negativo, apenas podrá hallar vuestra benevolencia otro que el de la buena voluntad que lo ha inspirado.

El sencillo e ingenioso símil del aprendiz de pintor con que el nuevo académico ha adornado su exordio, me recuerda al célebre Vázquez, honra de la pintura en nuestra patria. Como el señor Martínez Silva, también creyó entrar por favor y de simple aprendiz en el humilde taller de Figueroa, el primero acaso que tuvo el arte de Apeles en el Nuevo Reino; como es esta Academia la primera corporación dedicada en Colombia al cultivo de la lengua; y ¿a quién, señores, sino a la fama póstuma del ilustre discípulo, debió aquél que su nombre no quedase cubierto para siempre en las sombras del olvido.

De Vazquez refieren nuestras crónicas que, o movido de su natural bondad, o arrastrado de su genio artístico, se atrevió a escondidas de su maestro y con riesgo de herir su vanidad, a dibujar en el conocido cuadro de San Roque, que se venera en nuestra parroquia de Santa Bárbara, esos bellos ojos que todos en él notamos y admiramos, los cuales en perpetuo contraste con la poca animación del rostro en que figuran, están sin cesar proclamando que hay aprendices maestros, hombres que se ignoran a sí mismos, seres especialmente favorecidos con el conocimiento instintivo de ciertas bellezas y verdades y con el don inestimable de expresarlas y reproducirlas; genios, en fin, cuyas obras son más el fruto de la inspiración y del talento, que de la instrucción y el estudio; más el brote espontáneo de un espíritu fecundo, que el laborioso parto de la servil imitación de los modelos y nimia observancia de las reglas, a quienes, que no a los eruditos y adoctrinados, se han debido y deberán siempre esas producciones portentosas, tipos acabados de perfección y códigos de

las reglas del arte, que alcanzan para sus autores, como el *Quijote* para Miguel de Cervantes, la gloria de la inmortalidad.

Y he aquí con lo expuesto, señores, indicado el objeto y plan de mi discurso. ¿En qué consiste el verdadero mérito de Miguel de Cervantes Saavedra? No la erudición literaria ni los conocimientos científicos constituyen su gloria. No fue médico, ni marino, ni geógrafo, ni jurisperito, ni teólogo, ni político; no, nada de eso, pero sí más que todo eso: tuvo las dotes que caracterizan el genio; quiero decir que le fueron concedidos algunos de los atributos que hacen al hombre semejante a Dios en mayor proporción que el común de sus contemporáneos, que es a mi ver lo que constituye el genio; razón por la cual los antiguos solían calificar de semidioses a sus hombres extraordinarios. Cervantes recibió de lo Alto el don de observar y de concentrar en su mente el fruto de sus observaciones; el don de crear y de reproducir en sus creaciones el mundo que le rodeaba; y, por último, fue favorecido con el privilegio de la oportunidad, la cual, si es, como se ha dicho, la ninfa Egeria de los estadistas y políticos, no debe ser menos la inspiradora del literato y aun del artista.

Sí, señores; en Homero se estudia la Grecia primitiva y en Cervantes la España del siglo XVI, con todas sus creencias, sus ideas, sus costumbres, sus errores y sus preocupaciones; como en los dilatados flancos del gigantesco Chimborazo, toda la flora y toda la fauna de las regiones equinociales.

Bajo la poderosa pluma de aquel ingenio, cada pensamiento es una creación, que el pintor puede al cabo de siglos, representar en sus lienzos con exactitud fotográfica.

Y lo que es más raro y casi toca en lo misterioso, todas las circunstancias de la vida de Cervantes, hasta las más independientes de su voluntad, concurrieron a su obra y a su gloria. Esto es lo que he querido significar al decir que fue favorecido con el privilegio de la oportunidad, recordando estos versos de Camoens:

Porque sempre por vía irá direita
 Quem do opportuno tempo se aproveita.

De lo dicho se infiere que para juzgar a Cervantes no basta (porque todo es relativo) leer atentamente su libro imperecedero: es preciso estudiarlo en relación con sus demás obras, con el tiempo y la sociedad en que fue escrito, con las ideas que por entonces privaban e instituciones que regían a los pueblos cristianos, especialmente a España, y tener, además, en cuenta las dotes personales de Cervantes mismo y todas las circunstancias de esa su vida de escaseces, humillaciones, trabajos y aventuras, que debieron de influir en las cualidades de su espíritu y en el carácter de su obra. Estudio es éste del cual, por la comparación de aquel siglo con el presente y del pueblo español con el nuestro, pueden acaso surgir útiles reflexiones, ya políticas, ya literarias, aplicables al pueblo colombiano.

Ojalá que a persona más experta hubiese tocado discutir sobre este fecundo tema, que sobrepuja en mucho a mis débiles fuerzas;

pues reconozco que no podré darle, sobre todo dentro de los estrechos límites de un discurso académico, su completo desarrollo, y que me expongo con sólo intentarlo a la tacha de audaz y presuntuoso. “¡Cómo! se me dirá, ¿te crees tú capaz de juzgar a Cervantes?” ¡Oh! señores, detened vuestro fallo y escuchadme.

No comparéis la grandeza de Cervantes con mi propia pequeñez; que sería condenarme de antemano. Considerad, más bien, que si para juzgar a los hombres extraordinarios se necesitasen dotes intelectuales superiores a las suyas, todos o la mayor parte de ellos se quedarían sin jueces. Con las obras literarias sucede lo que con las pinturas y con las piezas de música: el ingenio las produce, y el sentido común las juzga. Todo en el mundo es relativo, lo repito: si tomando por base una unidad, el metro o el litro, por ejemplo, puedo por la relación del número con el número valuar la distancia que me separa del sol y de las estrellas, o la enorme masa de agua del insondable océano, ¿por qué no podrá una inteligencia mediana juzgar también por relación, del mérito de una inteligencia superior? Necesaria fue la Sabiduría Increada para producir el universo, y, no obstante, el hombre miserable puede, ya que no comprenderlo, sí conocerlo lo bastante para descubrir sus leyes, estimar sus bellezas y armonías, y llegar multiplicándolas hasta lo infinito, a concebir idea clara de los atributos divinos. Por otra parte, ¿cuál asunto pudiera yo escoger, fuera de éste, que respondiera mejor al del discurso que contesto; cuál que fuera más congruente con el aniversario de la muerte de Cervantes, que hoy recuerda la Academia; ni dónde habría hallado uno que no opusiera a mi limitado ingenio iguales o mayores dificultades?

Este me ofrece por lo menos una ventaja inestimable: el señor Martínez ha tratado de Cervantes con tanta brillantez y tal abundancia de felices pensamientos, que me ha ahorrado la mitad del trabajo, proporcionándome el recoger del sobrante de sus riquezas, aquella porción de que puedo usar sin defraudarle. ¡Oh! cuán cierto es que así en lo intelectual como en lo económico, nunca el rico por serlo perjudica al pobre; y que antes bien éste, acercándose a aquél y ayudándole en su labor, vive, prospera y se hace a su vez rico. Sí, la ley hace ricos, no hace pobres: la ciencia hace sabios, no ignorantes. Verdades consoladoras, que hoy más que nunca conviene recordar, y que por mi parte proclamo, agradecido a mi estimable amigo.

Ahora que me habéis oído, espero que no me condenaréis. Complete pues vuestra ilustración lo diminuto de mis reflexiones, cubra benévola vuestra amistad la insuficiencia de mi ingenio, y perdóname también si saliéndome de los términos de un discurso académico, invadiere los amplios dominios de la disertación, teniendo en cuenta que a ello me fuerza la grandeza del asunto.

*

* *

Tendencia es de nuestra naturaleza suponer en el objeto amado todas las cualidades y virtudes que pueden hacerlo digno de nuestro

amor. "Acontece", dice por esto Cervantes, "tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas; antes las juzga por discreciones y lindezas y las cuenta a sus amigos por agudezas y donaires"; y la causa de esta inclinación es que se halla tan profundamente arraigada en nuestro espíritu la noción innata del Sumo Bien, o sea de la perfección absoluta a que aspiramos, y es tal nuestro convencimiento de que sólo ella merece nuestra completa adhesión, que no nos contentamos jamás con bienes a medias, con bellezas parciales, con verdades relativas. La inflexible lógica nos advierte que la perfección debe ser de una pieza, y aspiramos a ella; y no pudiendo alcanzarla, procuramos engañarnos a nosotros mismos, para tranquilizar el afán de nuestra mente. Cuandoquiera que un hombre gana nuestro afecto o arrebatara nuestra admiración con algunas dotes superiores de virtud, belleza o inteligencia, sentimos como vergüenza de fijar nuestro corazón en un bien incompleto, procuramos calmar el remordimiento o desazón consiguiente a nuestra deslealtad para con el Bien Sumo, cerrando los ojos para no ver los defectos de aquel hombre, disculpando sus debilidades y atribuyéndole cuantas cualidades y virtudes pueden ser parte a representárnosle como un dechado de perfección. ¿Cómo persuadirnos que Sócrates, aquella egregia figura que aparece sobre el negro fondo del politeísmo antiguo y entre los monstruosos delirios de la filosofía pagana, proclamando la unidad de Dios, la inmortalidad del alma y máximas de una moral relativamente pura, pagase tributo a las debilidades humanas, y que, cediendo a las preocupaciones de su siglo, mandase en los últimos instantes de su vida un sacrificio a Esculapio? Cuando nos inflama Cicerón en amor a la patria con su mágica palabra y nos hace amar la virtud con sus lógicas reflexiones, cerramos los ojos sobre su pueril vanidad y sobre la debilidad de su conducta política, y no queremos creer que sea él el mismo a quien aterran los presagios sacados de los sueños, el mismo que repudia a su esposa Terencia para salir de cuitas pecuniarias, el mismo que deifica a una débil mujer, y el mismo, en fin, que sube al Capitolio a tributar su acción de gracias al ídolo de Minerva. Y viniendo a tiempos más cercanos, ¿cuál de nosotros no se ha rehusado a consentir que un Colón que fue capaz de hallar un mundo en su cerebro y sacarlo luego del medio del océano para ofrecerlo a la sin par Isabel ante el universo sorprendido, que un Colón fuera incapaz de gobernar una triste colonia, y se abajara hasta el mezquino artificio de engañar a pobres salvajes, sacando provecho de su superstición y su ignorancia? En todos estos casos y otros semejantes, para cubrir los errores y aun los vicios de esas grandes almas, renunciamos a nuestra inteligencia, la sometemos al corazón y procuramos alucinarnos y engañarnos como si quisiésemos en nuestra pequeñez lisonjear nuestro amor propio, persuadiéndonos de que hay seres de nuestra propia especie capaces de la perfección absoluta. Prescott mismo, el imparcial historiador de los Reyes Católicos, extasiado ante la grandeza de Isabel, la disculpa hasta donde alcanza cuando la ve, dominada por las ideas de su siglo, hacer de la Inquisición un

instrumento político y condenar, sin quererlo, a la ínclita nación española al calabozo de la ignorancia. ¡Triste verdad, por cierto! Los mayores genios son grandes en un aspecto, y en los demás pequeños. Así es la naturaleza: el Sol mismo, centro de la luz, está sembrado de negras manchas. Los grandes hombres hacen por una parte contraste con la pequeñez de su siglo, y por otra, su siglo mismo los ve a ellos pequeños; porque participan de sus errores, decadencias y miserias, y a veces en mayor proporción que sus contemporáneos. Estos, que ven de cerca sus defectos y pequeñeces, de ordinario no los estiman; pero la posteridad, que los observa de lejos y al través de las nieblas del tiempo, como vemos el Sol en el horizonte por entre los vapores de la tierra, sólo distingue sus grandezas, y es frecuentemente apasionada e injusta.

Cervantes se halla en el mismo caso que todos los grandes hombres; su genio nos admira; sus escritos nos atraen y seducen; sus desventuras nos interesan, y queremos hacer de él un dechado de inteligencia, de virtudes y de conocimientos, atribuyéndole aun aquellas cualidades que si le hubiesen sido concedidas, le habrían hecho incapaz de ser lo que realmente fue. Considerarle médico, marino, geógrafo, etc., porque se encuentran en sus obras ideas de estas ciencias o artes, es tanto como suponer que un espejo posee en sí mismo todos los objetos cuyas imágenes nos muestra. Cervantes concentra en sí y refleja en sus obras la nación española del siglo XVI, tal cual ella era. Este es uno de sus más notables méritos. Como todos los hombres, tuvo sus dotes especiales, su misión sobre la tierra; y para empequeñecerle basta considerarle desde un punto de vista diferente del que le corresponde. Hacer de Cervantes un médico, un geógrafo, un marino, es convertir un gigante en pigmeo: tanto valdría estudiar a Colón como poeta bucólico, a César como astrónomo o a Newton como gran capitán.

En Cervantes no se pueden hallar, visto como marino, jurisprudente y médico, sino esos conocimientos generales e incompletos, que adquiere en el trato del mundo todo hombre inteligente y observador, sobre aquellos ramos que se rozan con su profesión y sus negocios. El, que tuvo parte en expediciones militares y marítimas, que concurrió a la batalla de Lepanto, que, como cautivo en Argel, se vio en la necesidad de discurrir atrevidos proyectos para escapar por mar de la cautividad, y que, radicado después en Sevilla, fue por cuatro años factor de provisiones para la real armada, adquirió desde luego ciertas nociones del arte de navegar y conoció prácticamente algunas de sus maniobras, lo cual le facilitó el darnos idea de las costumbres de los marinos de su tiempo, y reflejar en sus obras la España marítima; pero de esto a ser un náutico científico hay inmensa distancia.

Quien tuvo a su cargo la cobranza de las sumas que por tercias y alcabalas se adeudaban al fisco, hubo necesariamente de entenderse con jueces inferiores y demás ministriles de las alcaldías, y no es extraño que tuviese de la administración de justicia en España, conocimiento suficiente para pintárnosla tan desvencijada como desgraciadamente era, ora en las escenas de la Insula Barataria, ora en

los *Trabajos de Persiles y Segismunda*, cuando pone en boca de uno de los falsos cautivos estas palabras: "Talvez se hurta con autoridad y aprobación de la justicia: quiero decir que alguna vez los malos ministros de ella se hacen a una con los delincuentes para que todos coman." (1).

¿Quién ignora que Cervantes hizo dos veces de un loco el protagonista de sus novelas? Hubo, pues, de observar los principales caracteres de la locura, para dar verosimilitud a sus fábulas: a esto se reduce su ciencia médica. Y no le atribuyamos otra; que sufriremos un triste desengaño al juzgarle por la idea de que sus conocimientos en la materia nos da en sus demás escritos. En los *Trabajos de Persiles y Segismunda*, por ejemplo, no de burla sino muy seriamente (2), nos dice cómo enfermó Antonio por los hechizos de Cenotia, y más adelante (3), que la hechicera sacó "del quicio de una puerta los hechizos que había preparado para consumir la vida, poco a poco, del riguroso mozo que con los de su donaire y gentileza la tenía rendida"; y agrega luego que "apenas hubo sacado la Cenotia sus endemoniados preparamentos de la puerta, cuando salió la salud perdida de Antonio a plaza, cobrando en su rostro los primeros colores, los ojos vista alegre y las desmayadas fuerzas esforzado brío". Creía, pues, Cervantes, que las enfermedades procedían, por lo menos algunas veces, de artes diabólicas, y que se curaban a voluntad del demonio o de sus secuaces. ¿Es, ni puede ser, este principio de ciencia médica?

Mas no se detenía aquí su credulidad: aceptaba, con la generalidad del pueblo español, que el diablo tenía resuelto el difícil problema de la navegación aérea, y daba fe entera, además, a la astrología judiciaria. Oigámosle: en otro capítulo de la misma obra (4) refiere Rutilio que habiéndole visitado en el calabozo donde estaba preso, una hechicera a quien "la alcaidesa de la cárcel había hecho soltar de las prisiones y llevádola a su aposento, a título de que con hierbas y palabras había de curar a una hija suya de una enfermedad que los médicos no acertaban a curarla", aquella mujer con sus artes le puso en libertad, y en saliendo a la calle tendió en el suelo un manto y le mandó que pusiese los pies en él; "luego vi mala señal", dice, "y conocí que quería llevarme por los aires"; y concluye la narración así: "En resolución, cerré los ojos y dejéme llevar de los diablos, que no son otra cosa las postas de las hechiceras, y al parecer cuatro horas o poco mas había volado cuando me hallé al crepúsculo del día en una tierra no conocida."

Veamos ahora la opinión de Cervantes sobre la astrología judiciaria. En la misma obra (5) refiere la historia de un astrólogo cuyas profecías hacen parte del enredo de la novela. Hablando aquél con

(1) Capítulo xi, libro iii.

(2) Capítulo x, libro ii.

(3) Capítulo xii.

(4) Capítulo viii, libro i.

(5) Capítulo xviii, libro i.

su hija Transila, a quien después de larga ausencia había por fin hallado, le dice:

“Viéndote, pues, perdida, noté el punto, observé los astros, miré el aspecto de los planetas, señalé los sitios y casas necesarias para que respondiese mi trabajo a mi deseo, porque ninguna ciencia en cuanto a ciencia engaña; el engaño está en quien no la sabe, principalmente la de la astrología, por la velocidad de los cielos que se llevan tras sí todas las estrellas, las cuales no influyen en este lugar lo que en aquél, ni en aquél lo que en éste.”

Allí mismo profetiza Mauricio ciertas desgracias que les amenazaban, las cuales se cumplen al pie de la letra. Semejantes a éstas son otras que hace Soldino (1), y que se verifican luego con tanta exactitud como si hubieran sido de Daniel.

No se juzgue que con esto quiero rebajar en nada el mérito de Cervantes. Por el contrario, opino que a las circunstancias de participar él de estas creencias populares debemos el que nos dé en sus escritos desde ese punto de vista una copia fiel de la España de su siglo, como a la credulidad de Homero el tener en sus dos célebres poemas un reflejo de la antigua Grecia. La narración de Cervantes nos interesa por la naturalidad y sencillez con que se refieren las cosas de cuya verdad estamos persuadidos. Para apreciar cuánto influye esto en el mérito intrínseco de sus escritos, basta compararlos con la *Henriada* de Voltaire, que hablaba en ella de lo que no creía. No se puede dar cosa más fría ni desabrida que este poema. Me atengo a *La Araucana*, que él llamaba *Gaceta en verso*, en la cual por lo menos hay vigor y felicísimas descripciones; y hasta prefiero a los diez cantos de la tal *Henriada* una *Elegía* de Castellanos; pues se puede asegurar que nadie se leerá de una tirada cuatro cantos del poema de Voltaire, y que cualquiera tendrá gusto en leerse una tras otra, cuatro o cinco de esas *Elegías*. Pero volvamos a Cervantes. Si hubiese él poseído mayor instrucción científica, nos habría hablado en el lenguaje de los sabios de su época, no en el general y corriente del pueblo español, y sus obras se conservarían en nuestras bibliotecas para consultarlas apenas como documentos históricos de la lengua, cual sucede con las de Quevedo y demás escritores eruditos de aquel tiempo.

Más raro parece aún que se haya pretendido hacer un geógrafo del autor del *Quijote*. ¿Podrá ser llamado geógrafo, ni siquiera instruido en la geografía general, un hombre del siglo XVII que supone en 1615 la existencia de islas desiertas, o pobladas de bárbaros en el Archipiélago Británico; que sitúa a orillas del mar Báltico un reino de Dánaea; que pinta a los monarcas que por entonces regían a Dinamarca, Inglaterra y otras regiones del Norte, por el modelo de los que figuran en la *Iliada* y la *Odisea*; que hace de la Noruega una isla y de la Lituania un reino que coloca en las costas del mar Glacial? Pues todo esto escribe la pluma de Cervantes en los *Trabajos de Persiles y Segismunda*; y como no es de suponerse que él quisiera sentar

(1) Capítulo XVIII, libro III.

plaza de ignorante y pecar, además, contra la verosimilitud de sus fábulas inventando cosas que chocasen con verdades conocidas del pueblo para quien escribía, debemos concluir que Cervantes y España estaban atrasados en punto a conocimientos geográficos.

No se muestra más instruído en cosmografía, como lo revelan los conceptos, que dejo citados, relativos al movimiento de los cielos y las estrellas. Mas para mejor convencernos, veamos sus ideas sobre el sistema del mundo, expresamente formuladas para dar una lección (1), en un diálogo que supone entre Antonio y Periandro: "Pero de lo que más me admiro", dice el primero, "es que debajo de nosotros hay otras gentes a quien llaman *antípodas*, sobre cuyas cabezas los que andamos acá arriba traemos puestos los pies; cosa que me parece imposible, que para tan gran carga como la nuestra fuera menester que tuvieran ellos las cabezas de bronce. Rióse Periandro de la rústica astrología del mozo y díjole... 'Acomodándome a tu ingenio, habré de coartar el mío, y decirte sola una cosa, y es que quiero que entiendas por verdad infalible que la tierra es el centro del cielo: llamo centro a un punto indivisible a quien todas las líneas de su circunferencia van a parar.'"

Tal era, señores, la cosmografía de un español de la categoría de Cervantes al cabo de setenta y tres años de muerto Copérnico y de correr por el mundo su sistema. Indudablemente España venía por entonces muy rezagada en el camino de las ciencias; pero nada es más digno de llamar la atención como comprobante práctico de lo que pueden la tiranía y el mal gobierno, que su atraso a principios del siglo XVII en conocimientos geográficos, supuesto que en su mantenimiento estaban interesadas las glorias de esa gran nación, que al iniciarse el siglo anterior había aumentado los dominios de la geografía nada menos que con las tres cuartas partes del globo. Y lo más sensible es que hasta el presente se sufren las consecuencias. Hoy mismo están poco generalizados en España los elementos de esa ciencia, y se desconoce hasta la geografía de América, que fue parte de sus dominios. El daño alcanza hasta la lengua misma, la cual con perjuicio de su eufonía y regularidad, se ve plagada de voces exóticas, porque nuestro idioma o no las tiene o las ha perdido. ¿Cómo no lamentar que aun países descubiertos por españoles y por portugueses y que de ellos recibieron el bautismo, figuren al presente en obras castellanas de autores entendidos, con nombres extranjeros e impronunciables, y que para imprimir libros en español hayamos de tener en nuestras imprentas un depósito de caracteres como la *k* y la *w*, que no son de nuestro alfabeto? Esto choca con el genio y carácter de las lenguas romances, y es contrario a la práctica de los autores clásicos. Nuestros mayores castellanizaban siempre los nombres propios extranjeros, como los latinizaban en su tiempo los romanos: Tácito y los demás escritores de su época, omitían más bien nombrar una tribu o pueblo, que darlo a conocer con una voz bárbara o malsonante. Ojalá que, aprovechando el rico tesoro del *Depósito Hidro-*

(1) Capítulo XI, libro III.

gráfico, que es uno de los testimonios de la gloria científica de España, pueda la Real Academia dar pronto el *Diccionario Geográfico Español*; y ojalá también que alguno de nuestros ilustrados literatos investigue y formule las reglas conforme a las cuales se reducen a castizos los nombres propios de otras lenguas.

Ahora, señores, temo incurrir en la nota de blasfemo y hasta de hereje (Dios me guarde), porque voy a decir algo para lo cual yo mismo no estaba prevenido. Como literato, Cervantes, aunque tuviese mucha lectura, carecía de lo que se puede llamar erudición, que es el fruto del estudio metódico. Sus citas, frecuentemente erradas, de los autores clásicos, muestran que leía con descuido o por lo menos sin orden. Ni pudo ser de otro modo, atendidas las circunstancias de su vida: semiestudiante en su juventud, soldado luego, y cautivo después cinco años en Argel, volvió a la libertad en la miseria, a sufrir decepciones en el seno de una sociedad que no sabía comprenderle ni estimarle, y al servicio de un monarca inepto, dominado por privados egoístas, e incapaz de apreciar ni de premiar el mérito de un súbdito generoso y leal. ¡Pobre Cervantes! Reducido, para comer escasamente, a escribir comedias a destajo, y al subalterno ministerio de cobrar rezagos de contribuciones, fue a parar a una cárcel de España, y ya sabemos lo que eran sus cárceles entonces. ¿Dónde, cuándo ni en qué libros pudo estudiar con método? Lo que él nos dice, que leía hasta los papeles viejos que se encontraba por las calles —si hemos de tomarlo por un hecho y no por una invención de su ingenio—, nos da bien a conocer a qué medios y arbitrios tenía que ocurrir para instruirse. Sin duda le eran familiares los clásicos latinos a los cuales hace frecuentes alusiones directas e indirectas; su trato con los moros le ofreció ocasión de estudiar el árabe y leer algunos de sus autores; se impuso con cuidado de los libros de caballerías; y de los poetas españoles, portugueses e italianos, conocía bien los de su época. Respecto de los más antiguos, cabe dudarle, pues noto que ni en el *Quijote*, ni en otro alguno de sus escritos, hay alusiones a ellos; que nombra alguna vez al Cid, pero no el poema del Cid; que menciona apenas muy de paso la *Celestina* y las *Coplas de Mingo Revulgo*, en las composiciones poéticas que preceden al *Quijote*, y que en la librería que examinaron el cura y el barbero no figura ninguno de aquellos libros que aparecieron en los albores de la literatura castellana, ni siquiera las Leyes de Partida, el más precioso monumento de ella, no obstante que las disposiciones de la Partida II, relativas a los caballeros y a la caballería, se rozaban inmediatamente con la materia del *Quijote*. En cuanto a los poetas italianos, recuerdo que menciona expresamente a Ariosto y me parece que alude alguna vez a Petrarca, pero jamás a Dante. Si estas observaciones corroboran mi juicio sobre la no erudición de Cervantes, ruego se me absuelva de la excomunión; y para merecer mejor la gracia, paso a averiguar si a ese defecto de Cervantes deberemos en gran parte el que produjera su fábula inmortal.

“Sólo la necesidad inventa (dice madama Staël). El hombre imita en vez de crear cuando encuentra modelos de acuerdo con sus ideas

habituales. El género humano se aplica de preferencia a perfeccionar, siempre que se siente excusado de la tarea de descubrir." (1). Yo digo más: la mucha erudición perjudica a la inventiva; pues no siente la necesidad de inventar quien, poseedor de un gran caudal de ideas, se halla, digámoslo así, provisto de cuantas puede haber menester. Parece que la mente humana, como el cuerpo, debe nutrirse poco a poco; y son por lo mismo raros aquellos ingenios como el de Cantú, capaces de digerir y asimilarse un gran cúmulo de ideas recibidas de fuera, para producir las con unidad bajo nueva forma. De aquí que perjudique a veces el disponer de muchos libros; porque es más cómodo buscar en ellos los pensamientos ya hechos, que tomarse el trabajo de producirlos. El hábito de leer se convierte en vicio, como el de viajar; que tan agradable es conocer ideas nuevas como visitar países desconocidos; y así como quien viaja mucho observa poco, quien lee en demasía ni mastica ni digiere. Por esto, las inteligencias recargadas de erudición, por muy capaces que sean, cuando llegan a producir algo suyo, es de ordinario incompleto: se nota incongruencia en las partes, falta de unidad y cierta pequeñez que chocan. Léase a Quevedo, a Lope de Vega (podría multiplicar los ejemplos), y se advertirá que en esos hombres había genio; pero que lo despilfarraban, sin duda porque faltaba digestión y unidad en sus ideas, a consecuencia de su mucha lectura. En sus obras hay conatos de creación, y muchos; pero ninguna creación entera, y menos creación que satisfaga. Don Diego de Saavedra era, sin disputa, un hombre de talento; mas tan atestado de erudición, que sus obras se reducen a reproducir pensamientos ajenos, expuestos desde luego en nueva forma (cuando no son inserciones), con orden, con inteligencia y buen gusto relativo, pero nada hay en ellas que sea una concepción suya propia, fruto de las ideas adquiridas y reproducidas en su inteligencia. Si Cervantes hubiera tenido la erudición de Quevedo o de Lope de Vega, no habría producido más que éstos. Tal vez él lo comprendió así, cuando escribió en el prólogo del *Quijote*. "Naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos." ¿Ni de qué tiempo podía Cervantes disponer para la lectura, obligado como estaba a escribir para comer? ¿Se puede imaginar siquiera que para redactar el *Quijote* consultase libros, metido en la estrechez de una cárcel de España, donde, como dice él mismo, "toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido tiene su habitación."?

La quietud de esa cárcel, el aislamiento en que allí viviría, pobre y abandonado de los hombres, y acaso la misma falta de libros con que matar el fastidio de la ociosidad, le obligaron a producir *El Ingenioso Hidalgo*, en el cual representó fielmente la España de Felipe III. Sancho es la imagen de esa porción de egoístas y haraganes que con el duque de Lerma chupaban entonces la sustancia del pueblo y que, corrompiendo con su mal ejemplo, estimulaban la holgazanería y la natural aspiración a vivir sin trabajar; y don Quijote,

(1) De la Literatura.

por el contrario, la del verdadero caballero español, digno, valeroso, activo y esclavo del deber, que tenía que pasar por loco en medio de una sociedad y de una corte incapaz de penetrarse de nobles y elevados sentimientos. No atribuyo por esto a Cervantes la intención de hacer una sátira a la sociedad española; no, que en ese su corazón de paloma no había hiel. Acaso él mismo no se dio razón de las causas que le sugirieron la idea; mas para mí es indudable que sus desgraciadas circunstancias personales, y, sobre todo, las de su oprimida patria, produjeron en su mente el plan y los personajes de esa su obra, en que retrata además la situación de su ánimo, muy semejante a la del niño enfermo que con el rostro bañado en las lágrimas que le arranca el dolor, sonríe sin embargo a la vista de su madre. Cantú no se hizo, sin duda, esta reflexión cuando censuró a Cervantes el haber hecho protagonista de su novela y personificación de la virtud a un loco que inspira lástima. Ciertamente, por la íntima unión en que aparecen en Don Quijote la locura y la virtud, viene en cierto modo a hacerse befa de la última, forzando al lector a reírse de ella; pero esto no fue una simple fantasía de Cervantes; era una triste realidad en la infeliz España; un hecho que el ingenio de Cervantes reflejaba.

De la misma lengua castellana, que tan cadenciosamente escribía y en que con tanta elegancia y gracia se expresaba, no había hecho Cervantes detenidos estudios. De ese estilo seductor, inimitable, que le particulariza entre todos los escritores españoles y por el cual nuestro oído distingue las frases salidas de su pluma dondequiera que las hallamos transcritas, no fue deudor al estudio ni al arte, sino al hábito y ejercicio y, sobre todo, a su genio, a su natural buen gusto y al sentimiento de lo bello, que en él era innato. Escribía sin sumisión a reglas fijas, supuesto que con pasajes de Cervantes se pueden autorizar concordancias y giros diferentes, y usos opuestos del artículo y de las preposiciones, cosa que me sería fácil justificar con ejemplos si no lo considerase inoficioso, dirigiéndome a personas tan familiarizadas como vosotros con las obras del insigne escritor.

Una de las cualidades que más lucen en el estilo de Cervantes es la naturalidad. Hablaba la lengua de su tiempo sin atormentar la frase con la lima, sin alambicar jamás los pensamientos, sin esas comparaciones alegóricas que tan cansados hacen a otros escritores españoles, sin exceptuar a Saavedra mismo en algunas de sus *Empresas*.

Como no pretendía sentar plaza de consumado hablista, ni de grave pensador, no violentaba, como Quevedo, el sentido de las voces, ni andaba a caza de acepciones recónditas, quizá porque no había profundizado tanto como aquél en el estudio de la lengua, ni menos insistía con difusa tenacidad en los accidentes de cada idea principal, defecto que suele afejar los musicales períodos de fray Luis de Granada. Por lo mismo, tampoco emplea palabras y giros anticuados, que oscurecen inútilmente el discurso: no se podrá decir de él lo que de Mariana pone en boca de Herrera el autor de la *República Literaria*: "Afecta la antigüedad; y como otros se tiñen las barbas para parecer mozos, él por hacerse viejo."

Quizá porque el trabajo casi mecánico de la corrección y de la lima se aviene difícilmente con la viveza de la imaginación se hallan con frecuencia en Cervantes (como se puede ver en los pasajes suyos que dejo citados) algunas incorrecciones, y a veces, con daño de la concisión, emplea más palabras de las estrictamente necesarias, si bien no perjudica con ello a la claridad y favorece de ordinario la eufonía; mas estos defectos son pequeños lunares que realzan las bellezas de su estilo, y que le ganan las simpatías del lector, a quien la naturalidad y sencillez persuaden que no ha habido intención preconcebida de producir en su ánimo determinado efecto. Una observación corrobora este juicio: en la primera de sus obras, *La Galatea*, hizo sin duda Cervantes un esfuerzo de lima y corrección, pues sin disputa en este punto de vista es la mejor de cuantas dio a luz; tanto, que me atrevo a decir que por cualquiera de sus páginas, si se quiere, por sólo las dos cartas que aparecen al final del libro vi, merecería ser considerado como el primer prosador castellano de su siglo. Sin embargo, *La Galatea* se lee con menos gusto que *El Quijote* u otra cualquiera de sus novelas, no obstante las incorrecciones en que abundan.

Sólo una censura puede hacerse a Cervantes, y no del todo justa, por cuanto recae sobre un defecto común en los escritores de su tiempo: el de describir con demasiada llaneza y claridad (como se ve en *La Tía Fingida*, en *La Ilustre Fregona* y en algunos pasajes del *Quijote*) ciertas miserias de la vida humana que vale más no tocar, y que el escritor, cuando la necesidad le fuerce a descender hasta ellas, debe dejar percibir apenas por entre gasas de oro y cubrir con flores que el genio sabe siempre cosechar en el jardín de las Musas. En gran parte este pecado contra el buen gusto fue un efecto lógico del fervor y entusiasmo que despertó el Renacimiento en favor del arte griego, el cual trajo las indignas y desnudas diosas de la mitología a figurar al lado de las devotas Madonas de Rafael.

Preciso es que quien se muestre sorprendido de encontrar en Cervantes conocimientos teológicos, no haya reflexionado nunca en la influencia que ejercen las creencias religiosas en las ideas de los pueblos que las profesan. Observa Maltebrun (1) que si en una nación cualquiera pedimos a individuos de las diferentes clases sociales su opinión sobre el sistema del mundo, hallaremos todas las teorías discurridas desde Homero hasta nuestros días, según el mayor o menor grado de ilustración de las personas consultadas. Pues bien: esto mismo se observa en todas las ciencias. Sólo en religión hallamos uniformidad de creencias y doctrinas fundamentales y en todos los miembros de una misma congregación, cualquiera que sea su grado de cultura, porque el sentimiento religioso es el gran principio civilizador, y la civilización religiosa la única que se generaliza. Todo pueblo tiene, pues, conocimientos teológicos, y no se puede concebir que haya hombre medianamente ilustrado que desconozca la religión de su patria. ¿Cómo y por qué habría de ser Cervantes ex-

(1) Historia de la Geografía.

cepción a la regla? El principio que he sentado, cierto en general, lo es con mayor razón en las naciones católicas y, sobre todo, en España, donde ideas, sentimientos, usos, costumbres y hasta su historia y en parte su lenguaje, son fruto del catolicismo. El catecismo que se enseña a los niños, la predicación constante de las verdades religiosas, las lecciones inmediatas que cada fiel y cada familia reciben del sacerdote, que es admitido (feliz reemplazo de la ominosa censura de los antiguos) en todos los hogares, como consejero, amigo y director, y, en fin, el culto externo que constituye una enseñanza objetiva y diaria de los dogmas y misterios de nuestra fe, todo esto de tal modo difunde en los países católicos los conocimientos morales y teológicos, que bien lejos de ser admirable que Cervantes los tuviera, sería imposible explicarnos que careciese de ellos. Abrase cualquier autor español de su época o de las anteriores, y consúltense, si se quiere, los refranes, los romances y cántigas populares, y todo nos probará que el pueblo español ha estado siempre al corriente de las verdades morales teológicas, y que fue de muy antiguo la moral católica el solo criterio social y político de nuestra raza, fuerte, poderosa, heroica, mientras mantuvo firme su unidad de fe. Cervantes da de esto un testimonio irrefragable como espejo en que se refleja la España religiosa del siglo xvi. Pero que no había hecho estudios formales de teología se comprende bien por la lectura de sus obras, en las cuales no se allude nunca a libros de esa ciencia. Lo que sí se nota es que se hallaba penetrado de ideas religiosas y morales; pues no hay vicio que no censure ni virtud que no alabe, con todo el fervor de la convicción más sincera. En los trabajos de *Persiles y Sigismunda*, al referirnos la enseñanza religiosa que recibió Auristela, suministra una prueba de la latitud que se daba a esta instrucción en aquel católico reino.

Nuestro amigo el señor Martínez ha estudiado el *Quijote* desde el punto de vista político, para deducir de sus pasajes, no sólo cuáles eran las ideas de Cervantes, sino también las que estaban en boga entonces en el pueblo español; como esto me sugirió la del presente discurso, creo complacerle y complacer a la Academia insistiendo por mi parte en tan interesante tema.

La política es la aplicación de la moral a la legislación y gobierno de las naciones. Debemos, pues, distinguir en ella dos cosas: las reglas morales, y los medios y formas con que en la práctica se aplican. En cuanto a lo primero, como el cristianismo nada dejó que desear ni qué inventar, han sido siempre idénticas las ideas morales de todos los pueblos cristianos, como lo demuestran sus códigos desde la época de Justiniano y aun los anteriores. En cuanto a formas, los modernos han discurrido varias, llegando hasta lo que hoy está en auge, que llamamos gobierno representativo. En Cervantes, lejos de encontrar frase alguna que nos revele que hubiera él penetrado las teorías modernas, hallamos, por el contrario, que España había perdido mucho de sus antiguas libertades y de los sanos principios de gobierno consignados en las Partidas. Otros escritores de aquel tiempo estaban en la política más adelantados que el autor del

Quijote, y creo poder demostrar que en esto como en todo lo demás Cervantes reflejó la sociedad en que vivía.

Las máximas que nuestro amigo ha citado en su discurso son puramente morales y expresión de las ideas y sentimientos cristianos de la sociedad española. Tómense una a una, y puedo asegurar que las hallaremos con las mismas o con diferentes palabras en otros escritores de esa época o de las precedentes, como Mariana, Quevedo, Saavedra, Navarrete y ciento más; que al lado de cada una de ellas podremos escribir un refrán castellano que la contenga igualmente; y que abriendo el código de las Partidas hallaremos que Cervantes nada ha dicho en la materia que no estuviese consignado ya en aquel grandioso y casi inexplicable monumento.

Hablando a personas tan conocedoras de nuestra lengua, omitiré por inoficioso justificar con refranes mi anterior concepto, y me contentaré, para no abusar de vuestra benevolencia, con recordar sólo algunos pasajes de Saavedra (que prefiero por más conciso), uno de Quevedo (que juzgo oportuno para corroborar lo que dije arriba de su estilo) y las citas puramente necesarias de las leyes de Partida. Acaso serán en mi discurso para vosotros, como han sido para mí varias veces, gratos oasis en árido desierto, las inserciones que he hallado de las expresadas leyes o bien de Cervantes, de Jovellanos y de Quintana, en las mazorrales disertaciones de ciertos prácticos juristas y en las obras de críticos pesados.

“Tanto son menester en el gobierno las artes como las letras”, decía Don Quijote a Sancho; y Saavedra, después de hablar de los ejercicios físicos del príncipe, para quien escribía, se expresa así (1): “No sin gran caudal de estudio y experiencia, se puede hacer anatomía de la diversidad de ingenios y costumbres de los súbditos tan necesaria en quien manda; y así a ninguno más que a los príncipes conviene la sabiduría. Ella es la que hace felices a los reinos y respetado y temido al príncipe: entonces lo fue Salomón cuando se divulgó la suya por todo el mundo. Más se teme en los príncipes el saber que el poder. Un príncipe sabio es la seguridad de sus vasallos: uno ignorante, su ruina.” Por su parte, Don Alfonso el Sabio no se contenta con disponer que a los príncipes se muestre “cómo sepan usar toda manera de armas según que conviene” (2), sino que agrega: “Bien ha menester el oficio de rey un entendimiento grande, ilustrado, de las letras. . . Onde el rey que despreciase de aprender los saberes, despreciaría a Dios de quien vienen todos. . . . Acucioso debe el rey ser en aprender los saberes, ca por ello entenderá las cosas de reyes é sabrá mejor obrar en ellas” (3).

Aconseja Don Quijote a Sancho diciéndole: “Primeramente has de temer a Dios, que en temerle está la sabiduría.” Estas palabras, tomadas del Texto Sagrado, son poco más o menos las mismas de Saavedra: “Y lo primero”, dice, “que ha de enseñar el maestro al

(1) Emp. vi.

(2) L. III, Título VII, Part. I.

(3) L. XVI, Título V.

príncipe es el temor de Dios, porque es principio de sabiduría. Quien está en Dios está en la fuente de las ciencias. Lo que parece saber humano, es ignorancia hija de la malicia, por quien se pierden los príncipes y los Estados" (1). Y si abrimos el código de las Partidas, hallaremos en sus primeras líneas: "Dios es comienzo é medio é acabamiento de todas las cosas, é sin El ninguna cosa puede ser; ca por el su poder son fechas, é por el su saber son gobernadas, é por el su bondad son mantenidas." Y hablando de reyes dice después (2): "El porque estas cosas non podrían ellos (los reyes) haber sin Dios, conviene que le conozcan, é conociéndole que le amen, é amándole que le teman, é que le sepan servir y loar."

"Has de poner, continúa Don Quijote, los ojos en quién eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Los no nobles deben acompañar la gravedad del cargo con blanda suavidad guiada por la prudencia." No dice menos el autor de las cien Empresas: hé aquí sus palabras (3): "No son opuestas a la fortaleza la humildad y la mansedumbre. Solamente aquel es verdaderamente fuerte que no se deja vencer de sus afectos"; y en otra parte (4): "Los ingenios grandes si no son modestos y dóciles, son también peligrosos. No menos embarazoso suele ser uno por sus buenas prendas que por no tenerlas. No hay lugar donde quepa quien presume mucho de sus méritos." En los mismos pensamientos abunda el Rey Sabio; mas para no alargarme demasiado, citaré sólo estas palabras de una de las leyes relativas a los deberes del rey (5): "E non consienta (el rey) a los mayores que sean soberbios ni tomen, ni roben, ni fuercen, ni fagan daño en lo suyo a los menores. E entonces será tal como dijeron los sabios que debe ser: apremiador de los soberbios e esforzador de los omildes. . . . E guardándolos (a los pueblos) de esta guisa vivirá seguramente é abrá cada uno sabor de lo que obiere."

"En administrar justicia ha de entender el señor del Estado y aquí entra el buen juicio", etc. Con estas palabras de Cervantes podemos parangonar toda la Empresa intitulada *Praesidia maiestatis* (6). cuyas ideas exceden en mucho a las de aquél, pues llega hasta abogar por la independencia del poder judicial y sentar filosóficas doctrinas sobre el derecho de gracia; y además con estas frases de la misma ley de Partida citada: "De tres maneras debe guardar el rey a su pueblo. . . . La segunda del daño de ellos mismos cuando fiziesen los unos a los otros fuerza o tuerto. E para esto ha menester que los tenga en justicia é en derecho."

Si según Cervantes, "de los vasallos leales es decir la verdad a sus señores, sin que la adulación la acreciente ni otro vano temor la dis-

(1) Emp. II.

(2) Título IV, parte II.

(3) Emp. XXVI.

(4) Emp. XLI.

(5) L. II, Título X, parte II.

(6) Emp. XXII.

minuya”, para Saavedra (1) “la murmuración (este nombre da a la censura) es argumento de la libertad de la República; porque en la tiranizada no se permite. ¡Feliz aquella donde se puede sentir lo que se quiere y decir lo que se siente! Injusta pretensión fuera del que manda querer cerrar con candados los labios de sus súbditos”. En fin, para Don Alfonso el Sabio (2) la censura es lo que más temen los tiranos, los cuales procuran dividir a los pueblos, “ca mientras en desacuerdo vivieren non osarán hacer ninguna fabla contra ellos”. En la misma ley sienta que el remedio contra la tiranía es la censura: “Otro sí, decimos. . . . que si él (el tirano) usase mal de su poderío en las maneras que de suso dijimos en esta ley, quel pueden decir las gentes *Tirano*.”

Si atribuimos a Cervantes la intención que el señor Martínez Silva cree descubrir en aquellas palabras que dirige el escribano a Sancho, con motivo de la supresión que intentaba de las casas de juego (cosa en que no estamos de acuerdo), no lo hallaremos en discordancia con Saavedra. Este dice (3): “Se puede dudar. . . . si es mejor disimular los vicios ya arraigados y adultos, que llegar a mostrar que son más poderosos que los príncipes. Si las leyes de reformation. . . . las escribiese el príncipe en su propia persona, podría ser que la lisonja y la inclinación natural de imitar el menor al mayor obraran en esto más que el rigor.”

Con el consejo aquel de “No hagas muchas pragmáticas y si las hicieses procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan, que las pragmáticas que no se cumplen. . . . dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas no tuvo valor para hacer que se guardasen”, concuerda este otro que hallamos en Saavedra (4): “No es menos dañosa la multitud de las pragmáticas para corregir el gobierno el abuso de los trajes y los gastos superfluos. La reputación del príncipe padece cuando los remedios que señala o no obran o no se aplican.” Uno y otro consejo parecen ser una aplicación de las doctrinas consignadas en las leyes de Partida (5) que tienen por objeto disponer cómo se deben hacer y reformar las leyes, y que sería largo insertar aquí.

“Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del Juez riguroso que la del compasivo”. . . . “Si acaso doblas la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva sino con el de la misericordia.” Los nobles sentimientos que expresan estas palabras de Cervantes son los mismos de Saavedra (6): “Acuérdense los reyes que sucedieron a los padres de familia y lo son de sus vasallos para templar la justicia con la clemencia.” Pero Saavedra agrega algo que

(1) Emp. xiv.

(2) L. x, Título I, Part. II.

(3) Emp. xxi.

(4) Emp. xxi.

(5) L. de xvii a xix, Título I, Part. I.

(6) Emp. xxii.

olvidó Cervantes: "No es menos cruel", continúa diciendo, "el que perdona a todos que el que a ninguno perdona, ni menos dañosa al pueblo la clemencia desordenada que la crueldad: a veces peca más con la absolución que con el delito." Y más adelante (1): "Si se excede el príncipe en los castigos, excusa el pueblo el delito en odio a la severidad." Don Alfonso asienta con el mismo propósito, que el rey debe amar a su pueblo, "habiéndoles piedad (a los súbditos), doliéndose de ellos cuando les obiese a dar alguna pena. . . . Serles ha", dice, "como padre que cría a sus hijos con amor é los castiga con piedad, así como dijeron los sabios. . . . habiéndoles misericordia para perdonarles a las vegadas, la pena que merecieren por algunos yerros que oviesen fecho. Ca, como quier que la justicia es muy buena cosa en sí, é de que debe el rey siempre usar, con todo eso, fácese muy cruel cuando a las vegadas non es templada con misericordia. E por esto la loaron mucho los sabios antiguos é los santos, é señaladamente el rey David dijo, que entonces es el reino bien mantenido, cuando la misericordia é la verdad se fallan enuno, é la paz é la justicia se besan."

"Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras. Al culpado considéralo como hombre miserable sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuéstra; que aunque los atributos de Dios sean todos iguales, más campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia."

A este consejo de Don Quijote corresponde bien el siguiente pasaje de Quevedo, que prefiero a otros análogos de Saavedra, por la razón que arriba indiqué:

"Señor, dice (2), el delito siempre esté fuera de la clemencia de Vuestra Majestad, el pecado y la insolencia; mas al pecador y al delincuente guarden sagrado en la naturaleza del príncipe. De sí se acuerda (dijo Séneca) quien se apiada del miserable; todo se ha de negar a la ofensa de Dios, no al ofensor; ella ha de ser castigada y él reducido. Acabar con él no es remedio sino ímpetu. Muera el que merece muerte; mas con alivio que, no estorbando la ejecución, acredite la benignidad del príncipe. Ser justo, ser recto, ser severo, otra cosa es; que inexorable es condición indigna de quien tiene cuidado de Dios, del Padre de las gentes, del Pastor de los pueblos."

Por sobra de material he vacilado en la elección del pasaje de las leyes de Partida que deba poner en paralelo con los que preceden, y me he decidido por el más corto, para terminar pronto esta parte de mi demostración. A propósito de la misericordia recuerda el Rey Sabio que Dios hace nacer el sol sobre los buenos y sobre los malos y que llueve sobre los justos y los pecadores, y luégo continúa:

"E piadoso es tanto que por la su bondad fizo todo el mundo con todas las cosas que en él son, e las mantiene según conviene a cada una, porque no perezcan nin se pierdan, e además de esto, non quiere calañar a los homes los yerros que facen según él podría y

(1) Emp. xxiii.

(2) *Política de Dios*, capítulo iii.

ellos merecen, antes los perdona, sólo que se tornen a él arrepintiéndose de corazón.”

Pero si en lo moral refleja Cervantes en sus obras las ideas de su nación, tampoco en lo político hace otra cosa. Dondequiera que habla de los reyes, manifiesta considerar absolutos su poder y autoridad; ni una sola frase suya revela que hubiera columbrado nada de lo que hoy llamamos derechos individuales, libertades políticas, independencia y equilibrio de los poderes, ni aun de la autoridad municipal, tan antigua en España, y de la cual se burla en cierto modo en el festivo episodio de los dos alcaldes y el rebuzno. No hay que extrañarlo: tocóle venir al mundo en la época de la reacción monárquica y cuando ésta había llegado en España a su mayor extremo bajo el doble prestigio del cetro y de la espada de Carlos V de Austria, a quien los españoles llamaban enorgullecidos el *César*. Nosotros, empapados en las ideas democráticas de nuestro siglo, no podemos fácilmente formar concepto de la fuerza que, en odio a la tiranía de los señores feudales, tuvo aquel movimiento en Europa. Basta, sin embargo, para apreciarlo, reflexionar que hasta el sentimiento religioso, y el profundo amor de los pueblos a la fe, cedieron ante aquel interés de carácter político. A la veneración, respeto y ciega obediencia que los reyes habían alcanzado de los pueblos, se debió en gran parte la reforma que tanto en Alemania como en Inglaterra, Dinamarca y Suecia encabezaron, o decididamente favorecieron los monarcas para ensanchar su potestad a expensas de la Iglesia. Si los de España y de otros países meridionales no hicieron otro tanto, preciso es atribuirlo a la vecindad del amenazante poder otomano. Los que asignan por causa de aquella gran revolución, los abusos de los Papas, no han reflexionado que en tal supuesto no se puede explicar por qué estalló y se verificó la reforma sólo en las naciones del Norte y no en las del Mediodía, donde los Papas tenían su residencia, y donde debía de sentirse más el efecto de tales abusos. Mas, sea de esto lo que fuere, los reyes de España sacaron provecho de las disposiciones de la opinión, de la amenaza misma de los turcos y del fervor religioso que la guerra con éstos sostenía y fomentaba, para ensanchar su poder hasta el absolutismo. Declarándose grandes maestros de todas las órdenes militares, derribaron uno de los muros que protegían las públicas libertades, pues la nobleza española, como lo ha observado el señor Martínez, lejos de ser odiosa al pueblo, era por éste querida y respetada; constituyéndose campeones del catolicismo contra los protestantes, se atraieron el apoyo decidido de la nación creyente y fiel; mediante el concordato con la Santa Sede, se adueñaron si no del poder espiritual, sí en gran parte del eclesiástico; y con la Inquisición, que convirtieron en instrumento político, se introdujeron en el santuario de la conciencia privada. Con el apoyo de esta fuerza moral pudo ya Carlos V ahogar en sangre el movimiento hecho en pro de los fueros populares por las comunidades de Castilla y las germanías de Valencia, y desde entonces no quedó en la Península otro poder que el del rey, de cuya corte vinieron a ser pronto miserables palaciegos y validos los abajados nietos

de Guzmán el Bueno. Las glorias mismas de España fueron enemigas de su libertad. Elevada rápidamente en el siglo XVI sobre las demás naciones a un grado de poder y de influencia para que no estaba preparada, sufrió de vértigo: sus triunfos la infatuaron; las riquezas del Nuevo Mundo retrajeron a sus hijos del trabajo y del estudio de las ciencias, y los estimularon, ya a emigrar a América en solicitud de oro y aventuras, ya a buscar fortuna y fama militar en las guerras de ambición en que la comprometieron impolíticos monarcas.

En tanto que el Santo Oficio se afana en echar cerrojos que comuniquen la nación con el mundo exterior, esas guerras y el mal gobierno producen sus efectos. Los piratas y los corsarios imposibilitan el comercio; la agricultura languidece y muere; las fábricas se cierran; las ciudades y villas se despueblan, las contribuciones y gabelas crecen de día en día, y la desmoralización cunde por dondequiera. En esa sociedad así tiranizada y empobrecida nació y se formó Cervantes. ¿Pudo adquirir en ella ideas de libertad? ¿Las recibiría por ventura de la vecina corte de María de Médicis y de Luis XIII, donde Richelieu iba a afianzar pronto el despotismo, o bien las pediría a los príncipes italianos, aleccionados por Maquiavelo en el arte de reinar? Menos iría a buscarlas a Inglaterra: el gobierno inglés no llamaba entonces la atención, ni era tenido por modelo; y ni Enrique VIII, ni María, ni Isabel, habrían podido ganarles simpatías. La constitución inglesa no recibió su último toque, ni adquirió fama en el mundo político, hasta fines del siglo XVII bajo Guillermo de Orange, cuando hacía setenta y tres años, por lo menos que Cervantes dormía el sueño del sepulcro. Para conocer que éste no se daba a estudios de gobierno, basta decir que una sola vez entra en los dominios de la política (1), y eso para encomiar la monarquía absoluta, electiva y vitalicia.

Poséido de respeto al poder monárquico, el autor del *Quijote* no hace censura alguna al gobierno de España, y antes le tributa frecuentemente elogios que parecen exagerados, y que no son sino la expresión de las ideas de su tiempo. En prueba de ello, recordaré un pasaje de los *Trabajos de Persiles y Segismunda*, en que, por boca de un morisco, pide la expulsión de los de esta infeliz raza, no por razones políticas, como pudiera haberlo hecho, si de político hubiese tenido pretensiones, sino por consideraciones puramente religiosas. Dirigiéndose a Felipe III, y sin duda al duque de Lerma, dice:

“Ea, mancebo generoso, ea, rey invencible, atropélla, rómpe, desbaráta todo género de inconvenientes y déjanos a España tersa, limpia y desembarazada de esta mi mala casta que tanto la asombra y menoscaba: ea, consejero tan prudente como ilustrado, nuevo Atlante del peso de esta monarquía, ayúda y facilita con tus consejos a esta necesaria transmigración; llénense estos mares de tus galeras cargadas del inútil peso de la generación agarena; vayan arrojadas a las contrarias riberas las malezas y las otras yerbas que estorban el crecimiento de la fertilidad y abundancia cristiana.”

(1) *Persiles y Segismunda*, p. 1, cap. XXII.

En mi concepto, ni el pasaje de Cervantes referente a las ordenanzas en que prohibía Sancho en su ínsula que hubiese regatones de los bastimentos, moderaba el precio del calzado y ponía tasa al salario de los criados, fue una sátira contra las leyes suntuarias de Felipe III, sino más bien una expresa aprobación de ellas. El creía, sin duda, que era atribución de los monarcas el dictarlas, y las juzgaba acaso convenientes; así lo deduzco de la parte final del mismo pasaje:

“Hizo, dice, y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese sino para que examinase si lo eran; porque a la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolución, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar y se nombran, *las constituciones del gran gobernador Sancho Panza.*”

Ahora bien: si lo relativo a los regatones y al precio del calzado y de los salarios es una sátira, la última parte referente al alguacil de pobres debe de serlo también. ¿Y es de suponerse que quisiera Cervantes mofarse de una disposición que tendía a impedir los efectos de la vagancia? Nó; lo que puede asegurarse es que Cervantes participaba en éste como en otros puntos de las ideas de su tiempo, y que no era de su carácter y principios censurar a los gobernantes; pues otros escritores contemporáneos suyos, más dados a estudios de política, como Saavedra, Quevedo y Navarrete, formulan contra ellos cargos bastante claros, como vais a verlo, siendo de notar que tampoco éstos revelan idea alguna de las libertades modernas.

Ya cité lo que dice Saavedra sobre las leyes suntuarias. En sus *Empresas* hay repetidos y severos aunque disimulados cargos contra los privados, y en *La República Literaria* se lee lo que sigue, que llama verdaderamente la atención:

“Oímos”, son sus palabras, “en el zaguán de una casa mucha gente: y llevándome a él la curiosidad, reconocí a Galeno haciendo anatomía de algunos cuerpos humanos y que entonces desecaba cabezas de príncipes, en las cuales mostraba a Vesalio Farnesio y a otros que con atención le asistían, que faltaban en ellas las dos celdas de la estimativa, cuyo asiento es sobre la fantasía hija de la memoria. . . . y que estas dos potencias estaban reducidas y subordinadas a la voluntad en que se hallaban incluídas. Parecióme novedad que la composición y órgano de los príncipes se diferenciases de los demás y que era gran inconveniente que aquellas potencias tan necesarias faltasen o fuesen gobernadas de la voluntad ciega y desatentada.”

Ninguno de los coetáneos de Cervantes da idea más completa de la miseria y despoblación de España bajo los dos últimos Felipes de Austria, que Fernández Navarrete, que escribió bajo Felipe IV, con mucha erudición, su *Conservación de Monarquías*, la cual es un nuevo comprobante del atraso político de la nación. Navarrete censura la expulsión de los moriscos por los males que produjo, y sin embargo lamenta que no hayan sido expulsados también los gitanos. Mas, sea como fuere, censura con bastante franqueza y de conformidad con sus ideas poco avanzadas, sin duda, el mal gobierno del

reino, lo que prueba que no se corrían en esto tan graves peligros, sobre todo haciéndolo con la debida moderación, y que no fue, por consiguiente, el temor lo que impidió a Cervantes hacer otro tanto.

Pero ningún censor de aquella época es más severo que Quevedo en su *Política de Dios y gobierno de Cristo*. Muchísimos de sus pasajes pudiera citar, pero me limitaré a uno (1), que basta para juzgar si tenía entonces España quienes se atrevieran a decir verdades a privados y reyes:

“Privado habrá, dice, que ni poco ni mucho reciba de los vasallos; y que del rey reciba tanto que ni le deje mucho ni poco. Este tiene por cosa baja el tomar por menudencia, y llega a merecer nombre de universal heredero de su rey en su vida. Esto es no tomar de puerta en puerta, sino todo el manantial. ¡Oh qué discreta maldad! ¡Qué docta bellaquería! El mayor ingenio suele ser éste. . . . Oíd la habilidad de los traidores. Vieron que el levantarse con los reinos, o intentarlo, o pensar en ello, era delito digno de muerte y que se llamaba traición, y acogiéronse por temor de los castigos a levantarse con los reyes: cosa que, siendo más sacrílega, es tenida por dicha y el que lo hace por ministro, no por aleve: lo uno castigan los reyes, lo otro lo premian. ¡Oh gran tiniebla del seso humano! que haya príncipe que acaricie al que se levanta con él, y que castigue al que se levanta con el reino, siendo aquél peor y más osado!”

Los citados ejemplos persuaden que si Cervantes hubiese querido tratar de política y herir con sus festivas fábulas al Ministro de Felipe III, lo habría podido hacer; pues con mayor ingenio que Saavedra y acaso que Quevedo, le habrían sobrado recursos para escribir y censurarle, sin atraer sobre sí los efectos de su ira. Lo cierto me parece ser que los españoles en lo general, de grado o por fuerza, se habían acomodado ya al despotismo, y que los más ilustrados pensadores, como Quevedo y Saavedra, por ejemplo, no aspiraban a nuevas formas de gobierno, sino a que se volviese a la práctica leal de las instituciones antiguas. Encantan en el último las reflexiones que hace (2) sobre la sumisión que debe el monarca a las leyes; sobre los peligros del poder absoluto (3), del cual dice que “quien lo procura, procura su propia ruina” y sobre la necesidad de consultar la voluntad de la Nación reunida en Cortes (4); y no menos complace Quevedo cuando, recordando (5) que el Hijo de Dios no tomó carne en el seno de María sin pedir y obtener antes el beneplácito de la agradecida, hace sólidas reflexiones sobre el deber en que está el rey de no imponer ni cobrar contribuciones sin la previa y expresa voluntad de los pueblos.

En efecto, señores, los españoles del siglo XVI habrían sido felices con sólo que sus gobernantes hubieran observado las leyes escri-

(1) Cap. XVIII, parte II.

(2) Emp. XXI.

(3) Emp. XLI.

(4) Emp. LV.

(5) *Política de Dios*, parte II, cap. XII.

tas en el siglo XIII. ¡Ah! y hoy mismo ¿cuántos pueblos de su raza no lo serían igualmente, aunque no tuviesen constituciones a la angloamericana, si siquiera los rigiesen de veras las leyes de Partida? En ese código se reconoce la independencia entre el poder espiritual y el poder civil como fruto de la enseñanza cristiana (1), principio sin el cual no podrá haber nunca democracia ni libertad verdadera, y será todo gobierno, cualquiera que sea su forma, tiránico y ruinoso para los pueblos; en él se da de la palabra *pueblo* (2) una definición que ojalá, para común provecho, nunca hubiese sido olvidada; en él se define lo que es *tirano* y se explica la tiranía (3) en términos que deberían avergonzar a muchos de los que en los actuales tiempos se jactan de demócratas y republicanos; en él (4) aceptan los derechos de la legítima censura y de asociación; y en él, en fin (5), se reconoce y asegura el sagrado derecho de propiedad en tales términos, que nada se halla mejor ni más expreso en nuestras constituciones modernas. "Non puede él (dice hablando del Emperador) tomar a ninguno lo suyo sin su placer... e si por aventura gelo oviere a tomar por razón que oviere menester facer alguna cosa en ello que se tornare en pro comunal de la tierra, tenudo es por derecho de le dar ante buen cambio que vala tanto o más, de guissa que él finque pagado a bien vista de omes buenos" (6).

Y esto, poco por cierto, a que aspiraban los españoles del tiempo de Felipe III, es todavía un bello ideal para muchos de sus descendientes, en los tiempos del gobierno republicano, democrático, representativo, electivo, alternativo y responsable. A lo mismo aspiraría también Cervantes, que para eso no se necesitaba ser político, sino ser hombre; no lo expresó sin embargo en sus obras, porque su misión parece no fue otra que la de reflejar la imagen de la España del siglo XVI sobre las generaciones futuras, para su ejemplo y enseñanza; y ¡cosa en verdad admirable! la cumplió tan fielmente, que los mismos españoles de su tiempo no lo advirtieron. Fue tal la semejanza del retrato al original, que confundieron, diré así, el uno con el otro, y fueron por lo mismo incapaces de distinguirlos, ni de apreciar el mérito de aquél. Ha sido preciso que el tiempo corra y que el original desaparezca, para que apreciemos la copia en todo lo que vale. Sólo así se puede explicar que los escritores coetáneos de Cervantes y los inmediatamente posteriores nada dijeran de este hombre extraordinario ni de su obra portentosa, y que no aparezcan, no diré aplaudidos, pero ni siquiera mencionados, en los libros de aquella época, tan fecunda en literatos ilustres. La posteridad ha sido más entendida y más justa.

(1) L. VI, Tít. I, Part. II.

(2) L. I, Tít. X.

(3) L. X, Tít. I.

(4) L. X, Tít. I.

(5) L. II, Tít. I, Part. II.

(6) L. II, Tít. X, Part. II.

*

* *

Cervantes, como acabamos de ver, refleja su nación y su época; pero no es éste el único ni el mayor de sus títulos de gloria. Dáselo más valioso aún, el modo con que esa reflexión se verifica en su poderosa mente. Nos hace conocer la España del siglo XVI, pero hermosando el cuadro de la verdad con los recursos de la más fecunda y feliz inventiva. Como los rayos del sol descompuestos en los líquidos prismas del Tequendama, forman sobre aquella catarata mil variadas combinaciones en que aparecen siempre deslumbrantes los colores del iris, las ideas recogidas por la inteligencia de Cervantes no se reflejan simplemente, sino que, modificadas por su imaginación, se reproducen en nuevas formas, creaciones de su ingenio, brillantísimas figuras en que resaltan a un tiempo originalidad en la concepción, belleza y verdad en las ideas, unidad y variedad en el plan, riqueza y espontaneidad en la ejecución.

Desde el punto de vista de la originalidad, Cervantes es único en los tiempos modernos, y sólo comparable a Homero en los antiguos: de él con tanta y quizá con mayor razón que del cantor de Aquiles puede decirse con Veleyo Patérculo: *Neque ante illum, quem ille imitaretur; neque post illum, qui cum imitare posset, inventus est*: "ni tuvo a quién imitar, ni ha habido después de él quien imitarle pueda." Breves reflexiones bastarán para justificar este concepto.

No fuera el hombre imagen del Hacedor Supremo si no participase de aquel atributo suyo que los comprende todos: el poder creador. Dentro de reducida esfera, todos creamos, no materia, desde luego, pero sí ideas y formas. Suprimir esta facultad, fuente del progreso humano y fundamento de toda civilización, y el hombre no se diferenciará del bruto. Mas el número de los que la poseen, considerable en cuanto tiene relación con las primeras necesidades de la especie, va disminuyendo a medida que, alejándonos del mundo materia, nos elevamos en las regiones de la inteligencia y del sentimiento. El salvaje que concibe la idea de una canoa, derriba un árbol, excava su tronco y la fabrica, es creador: ha sacado de su mente un pensamiento, y con la fuerza de su brazo lo ha adherido, digámoslo así, a la materia. Fijar en los objetos que nos rodean, cambiándoles la forma, una parte de nuestro propio ser, para acomodarlos a nuestras necesidades, es el origen de la propiedad: continuación del hombre mismo, precioso derecho a que debemos la industria, el comercio y todas las comodidades de la vida. En este sentido, hay casi tantos creadores como hombres.

Aquel que se eleva poco a poco en la región de las ideas y acercándose cuanto le es posible a la Inteligencia Suprema, como el águila al sol, se cierne en las alturas, observa, compara, juzga y se lanza sobre una verdad que ha descubierto entre el complicado juego de las leyes de la naturaleza, adivina un pensamiento del Creador, y creador él mismo, echa los fundamentos de la ciencia que otro, y otros ciento, y otros mil adelantan y perfeccionan en seguida. En cualquier

ramo de los conocimientos humanos, es grande el número de los sabios, porque así lo demandan las necesidades del Rey de la naturaleza.

No se limita el espíritu creador del hombre a dar nuevas formas a la materia y a descubrir verdades; aspira a algo más. Como inspiró Dios alma con su soplo a Adán, hecho de barro, comunica él sus sentimientos al aire que le rodea, a la tela en que dibuja y al mármol en que ejercita su cincel; hé aquí a los artistas que aparecen de cuando en cuando para espiritualizar en cierto modo la materia y hacer perceptible a nuestros sentidos que el hombre tiene destinos inmortales.

Pero más arriba que el simple industrial, más que el sabio, más que el artista, honran a la humanidad muy de tarde en tarde ciertos seres privilegiados, para quienes la materia está de sobra, que son todo idea, todo espíritu, todo corazón. Estos crean con sólo el pensamiento, y con sólo la palabra producen sus creaciones y las transmiten vivas y enteras de generación en generación para atraer a todos al culto de la belleza y del bien: los Homeros y los Cervantes.

Hay quienes pregunten: ¿qué acción puede ejercer el poeta en los destinos de la humanidad? Ignoran cuánto vale penetrar al hombre del sentimiento de la belleza, hermana inseparable de la verdad. En el fondo de cada alma habitan un Adán y una Eva: el entendimiento y la voluntad. Quien quiera dirigir a los pueblos por el camino del bien, debe educar a Eva y hacerla su cooperadora, seguro de que Adán seguirá tras ella. Cuando una vez se ha formado el sentimiento por el culto de la belleza real, se tiene adelantada la mitad del camino hacia el bienestar político y material de la sociedad. ¿Se cree que Homero tuvo poca parte en la civilización de la Grecia, o que ésta a su vez ha influido poco en la de los pueblos modernos? Dios nada ha hecho sin objeto; el atractivo que ejerce la poesía sobre todos los corazones, la admiración que despiertan los poetas y la gloriosa aureola con que la humanidad rodea sus nombres, indican bien, que tienen un gran fin que cumplir sobre la tierra. El poeta es la voz de la humanidad que alza a Dios himnos de alabanza por las armonías de la naturaleza o lamenta en su presencia las miserias que la afligen, como canta alegre el ruiseñor al rayar de la aurora, y triste cuando cubren al mundo las sombras de la noche.

Las creaciones del poeta son una prolongación de su propio ser: arrancan del fondo mismo de su alma y forman con ella un solo todo, como en los zoófitos de nuestros campos la planta con el animal de que procede. La idea que nace de la mente del poeta es en pequeño lo que el Verbo que procede del Padre, uno con él. La *Iliada* y el *Quijote* son la prolongación de Homero y de Cervantes; son Homero y Cervantes que viven todavía y que continuarán viviendo siglo tras siglo. ¡Son inmortales!

El hombre es tanto más grande cuanto mayor es su capacidad de crear, y tanto más digno de nuestra admiración cuanto mayores y más espirituales sean sus creaciones. No hay grandeza en destruir. Cualquiera puede poner en movimiento los elementos destructivos y

amontonar ruinas, ora en el orden físico, ora en el orden moral. Quien acerca el fuego a combustibles hacinados, puede producir un vasto incendio; y quien con sus escándalos quita el freno a las pasiones malévolas, puede corromper a un pueblo y hasta hacerle desaparecer del número de las naciones: ¿hay en esto grandeza? Colocar en el número de los genios, de los grandes hombres, a aquellos seres miserables a quienes la humanidad no debe ni una idea útil, ni una institución durable, ni un modelo de belleza moral cuya contemplación la eleve sobre sí misma a las altas regiones de la verdad y del bien, es pervertir el significado de las palabras, es chocar con el sentido común. ¡Oh! ¿qué son ellos? Locos que acercan la tea al techo pajizo que los abriga, almas indignas que dejan de ser imagen y semejanza de Dios, para convertirse en instrumento de Satanás.

Si no hay verdadera grandeza literaria sin creación, crear ha debido ser el anhelo de cuantos genios se han sentido agitados por estro poético. Sin embargo, Virgilio, el poeta del sentimiento por excelencia, no intenta seguir nuevos rumbos, e imita a Homero, quedándose inferior a su modelo; Dante, el inmortal autor de la *Divina Comedia*, toma de la *Odisea* y de la *Eneida* la idea fundamental de su poema, y no alcanza a igualarlo con aquélla ni con ésta, no obstante sus admirables dotes; Camoens, aquel vate extraordinario que según Cantú basta él solo a dar nombre a toda una literatura, y Tasso, el admirador y émulo de la gloria de Camoens, siguen paso a paso las huellas de Virgilio, sin alcanzarlo jamás, y el sublime Milton, justo orgullo de la literatura inglesa, canta el dogma cristiano de la caída del hombre y de su regeneración, como cantó Homero la mitología del Olimpo; pero a pesar de la noble grandeza del argumento y de haberse acercado más que todos, se quedó siempre lejos del creador de la epopeya. Todos éstos y muchos más no tan famosos, que por lo mismo omito, confirman la verdad de aquel pensamiento antes citado y que es una ley literaria: "El hombre imita en vez de crear, cuando encuentra modelos de acuerdo con sus ideas habituales"; todos ellos prueban que nadie, por elevadas que sean sus dotes poéticas, puede igualar ni menos sobrepujar las producciones del genio; y todos ellos tomando a Homero por modelo, y esforzándose en imitarle, reconocen su inferioridad y confiesan que aspiran cuando más a la gloria de igualarle. Cervantes es el único posterior al poeta griego que sacudiendo audaz el pesado yugo de la imitación, haya producido una creación exclusivamente suya. Del seno de la humanidad no han surgido en veinticinco siglos sino estos dos ingenios literarios que puedan como creadores colocarse frente a frente y soportar el paralelo. No vacilo en afirmarlo: para producir la *Iliada* o la *Odisea* era preciso haber nacido griego, pensado en griego, tener las dotes intelectuales de Homero y haber recibido las impresiones experimentadas por éste, en una palabra, era preciso ser Homero; y sólo pensando en castellano, siendo español del siglo XVI, siendo Miguel de Cervantes, se pudo concebir el *Quijote*.

Aquí, señores, ocurre una observación interesante de carácter político. Las instituciones de los pueblos, como las creaciones de los

poetas, deben ser el producto de sus creencias, ideas, cualidades o dotes, gustos, necesidades y demás circunstancias especiales. Un poeta no puede imitar a otro e igualarle, porque no hay dos almas iguales, ni dos hombres colocados en idénticas circunstancias; pero sí puede producir algo suyo propio, grande en su línea: lo mismo sucede a las naciones. ¿Qué diremos, pues, de los legisladores empíricos que quieren acomodar los pueblos meridionales de la raza latina a instituciones producidas en el Norte por la raza anglosajona? Si Virgilio, profundo conocedor del idioma griego, empapado en la lectura de Homero y con genio y facultades análogas a las de éste, no pudo emparejarsele; si Dante, el admirador de Virgilio, a quien llamaba su maestro, y Camoens, y Tasso, a pesar del numen poético que a los tres animaba, se quedaron lejos del cantor de Eneas; si el *Quijote* traducido al inglés se cambia en un descarnado esqueleto; si hasta ahora ha sido imposible verter *Los Luisiadas* y la *Jerusalén Libertada* al castellano, no obstante la fraternidad del español con el portugués y el italiano, ¿qué podrán producir sino caricaturas aquellos esfuerzos desacordados de traducir, diré así, nuestros pueblos a costumbres e instituciones extrañas? Tenemos original a Calderón y envidiamos a Shakespeare. ¿Podemos enorgullecernos con *El Ingenioso Hidalgo* y queremos cambiarlo por las *Aventuras de Gulliver* o por el *Viaje al País de las Monas!*

Pero lo dicho hasta aquí no basta para estimar la originalidad de Cervantes: menester es tener además en cuenta el tiempo en que escribió, la forma de su obra y la especie de lectores a quienes la destinaba. La escritora cuyas palabras he citado en otra parte, emite los siguientes conceptos, que en breves palabras resumo:

“En las ciencias, objeto del entendimiento, el último paso es siempre el más avanzado de todos; pero no sucede lo mismo con las obras de la imaginación, por cuanto ésta es tanto más viva cuanto más nueva. Se necesita, sin duda, cierto grado de desarrollo en el espíritu humano para llegar a las alturas de la poesía, mas ésta pierde mucho de sus recursos y por lo mismo de sus efectos, a medida que los progresos de la civilización y de la filosofía van rectificando los errores de la imaginación, la cual no podrá sorprender con sus bellezas a su auditorio penetrado de ideas filosóficas y por supuesto frío. La poesía, como imitación de la naturaleza física, no es susceptible de perfección indefinida, porque un retrato no pasa de semejarse al original. Aquel que logra, como Homero, apoderarse antes que todos de los colores primitivos, conserva el mérito de la invención y da a sus cuadros un brillo que sus sucesores no alcanzarán jamás. La poesía debe mucho a la novedad de la naturaleza, a la juventud del género humano, que no puede ser suplida por la juventud del poeta: es preciso que quienes escuchen sus cantos estén como él admirados de las maravillas de la creación y sean como él sensibles a las mismas impresiones.”

Si estos juicios son fundados, como me parece, ¿cuán grande no ha debido ser el genio del hombre que ha sido capaz de una creación literaria como el *Quijote*, acomodándose al estado de la humanidad

cuando ésta había llegado a su madurez y en la época precisamente en que la filosofía reemplazaba en el mundo a la imaginación, y el positivismo a la fe? Esto explica por qué se lee con tanto gusto aquella obra: el lector no tiene que hacer esfuerzos para colocarse a la altura del poeta, porque todo lo halla en el lenguaje común, y conforme con las ideas y costumbres de su tiempo. Si Cervantes procedió así con intención preconcebida y en virtud del estudio que hubiese hecho de la sociedad, dio una prueba de ser profundo pensador y gran conocedor del corazón humano.

El Ingenioso Hidalgo, se me argüirá talvez, no está en verso, y es por lo mismo inadmisiblemente compararlo con las obras del príncipe de los poetas. Efectivamente, el libro de Cervantes no se halla dividido en cantos, ni su narración sometida a las leyes de la métrica; ¿pero deja por esto de ser una obra de imaginación, que es lo que constituye el trabajo poético? ¿Se lee, por ventura, el *Quijote*, tal cual está en prosa, con menos placer que si estuviese escrito en endecasílabos y octavas reales? ¿o, por ventura, interesa menos al lector, que el más famoso de los poemas épicos? Por la elegancia y belleza de su frase, por los preciosos episodios que lo adornan, por su unidad de acción, por las virtudes de su héroe y sobre todo por lo grandioso de su objeto, que interesa a la humanidad entera, es una verdadera epopeya, más digna que la *Iliada*, que canta la venganza, y más noble que la *Eneida*, que deifica el odio de pueblo contra pueblo y aplaude la seducción y abandono de Dios por el *piadoso* Eneas; pero es una epopeya de nueva forma, de nueva creación, obra de un genio que supo acomodarla al objeto que se proponía y al lenguaje, circunstancias y necesidades de su tiempo; y precisamente por esto se debe comparar a su autor con Homero, quien hizo en su época lo que Cervantes en la suya. La circunstancia de no estar en verso realza el mérito del *Quijote*: como poeta y sobre todo como poeta épico, su autor habría podido echar mano de recursos que al prosador le estaban prohibidos. Ni las creencias populares, ni la intervención de poderes sobrenaturales, ni esas imágenes exageradas que son admisibles en composiciones poéticas, pudieron ayudarle a dar vida e interés a su obra; y, no obstante tales desventajas, el genio de Cervantes consiguió lo que ningún otro escritor moderno ha conseguido antes ni después de él: producir una creación sin esas ficciones y exageraciones que chocan con el espíritu cristiano de la civilización moderna.

Homero canta hechos de los cuales muchos son históricos, y a hombres que en su mayor parte existieron, mas no como aquéllos y éstos fueron realmente, sino como el poeta supone que debieron ser; y su trabajo más que de creación fue de embellecimiento: Cervantes en su libro lo crea todo. A falta de historiadores que nos digan a punto fijo cómo sucedieron esos hechos y cómo fueron esos hombres, nos atenemos a lo que Homero nos dice, y lo aceptamos tal cual él lo refiere, como admitimos en física ciertas teorías para satisfacer nuestra ansia de explicar fenómenos cuyas causas nos son desconocidas: de este modo llenamos un vacío que hallamos en la historia, sin

lo cual ésta se nos quedaría sin punto de partida. Necesitamos la guerra de Troya para hacer de ella una época y poner orden en los hechos y en las ideas, y la *Iliada* y la *Odisea* satisfacen esa necesidad. La distancia del tiempo y de los lugares, y la ignorancia en que nos hallamos de las costumbres y creencias griegas, que Homero altera y modifica en parte cuando le conviene, según la opinión de algunos de sus comentadores, las nieblas, en una palabra, que circundan a este poeta, hacen que nuestra imaginación le vea más grande, y nos impiden al propio tiempo juzgar de la verdad de sus cuadros y de la exactitud de sus apreciaciones. No nos sucede lo propio con el autor de *El Ingenioso Hidalgo*, de quien relativamente somos contemporáneos, y de cuyas pinturas y conceptos nos es fácil decidir con pruebas evidentes y casi con la inspección material de los lugares. Es un prodigio el haber producido con tan escasos medios tanta belleza y tanta verdad como resaltan en el *Quijote*: a Cervantes se le puede aplicar con más propiedad que a otro alguno aquel calificativo de "monstruo de la naturaleza" que él mismo daba a Lope de Vega, en atención a la grandeza y fecundidad de su ingenio.

No entraré a probar que la obra de Cervantes abunda en bellezas; de ello me excusa el placer que procura *El Ingenioso Hidalgo* a sus lectores, cualesquiera que sean su posición social, su edad, su sexo y su grado de cultura, no menos que el favor popular sin cesar creciente que ha merecido durante el espacio de doscientos sesenta años, no dispensado a ningún libro de este género o de carácter análogo. En un estudio didáctico sería interesante inquirir detenidamente en qué consisten estas bellezas, y la razón del atractivo universal que ejercen; mas en un discurso como el presente, me limitaré a consideraciones generales.

Para gozar con la lectura de Homero, de Virgilio o de cualquiera de los grandes épicos modernos, es indispensable conocer el idioma en que escribieron, no como la generalidad de los que lo hablan sino como los hombres que han hecho de él objeto de su estudio, y poseer, además, cierto grado de cultura y una imaginación suficientemente viva, para penetrarse de su intención, seguirles en sus vuelos y comprender sus imágenes y alusiones. No sucede lo propio con el *Quijote* y demás obras de su insigne autor: quienquiera que hable la lengua de Castilla puede, sin esfuerzo alguno, disfrutar, ya de la eufonía de la frase y limpieza de los conceptos, ya de la hermosura de los cuadros que ofrece, ya, en fin, de la verdad y acrisolada moralidad de los pensamientos.

Esta última cualidad es tal, que sin que el lector se dé cuenta de lo que pasa en su corazón, se enamora, diré así, del autor y de su escrito, y se siente dominado por la prosa de Cervantes, no obstante su sencillez, como gana nuestra voluntad la hermosura cándida y modesta, por más que se halle desprovista de femeniles afeites y tocados. Llama la atención que, a pesar de las admirables dotes de Cervantes para escribir en el género festivo, y de la singular agudeza de su ingenio, no se halle en sus escritos ni una frase envenenada en daño de sus detractores y envidiosos, ni un sarcasmo o ironía contra

las clases sociales que con sus desdenes le ultrabajan, ni una queja de desahogo contra la sociedad en general, que tan indiferente se le mostraba. En esto hace contraste con otros escritores de la época, y sobre todo con Quevedo, quien derrama sin cesar su bilis en sátira mordaz a las costumbres de su tiempo, como resentido de las persecuciones que sufría. Cervantes trata de corregir y moralizar, pero sin herir ni escarnecer. Tiene tan alta idea de la dignidad humana, que nunca nos presenta, como Molière en sus comedias, personajes en caricatura, ni intenta, como Voltaire, con satánico orgullo burlarse de todos y de todo. El no podía consentir en que el hombre se riera del hombre. En el plan de sus obras no entran jamás en juego para formar el enredo, intrigas de mala ley, pasiones exageradas, ni perversos de profesión que se gozan en el mal. No aparece en ninguno de sus escritos un personaje que pueda llamarse antipático. Si no hace de las dueñas matronas estimables, de seguro ni les da ni les quita cualidades: como Cervantes las pinta debieron de ser ellas en España, donde tan descuidada se hallaba la educación del común de las mujeres; si nos presenta a un Ginés de Pasamonte, lo hace de modo que se perciba bien que no es su intención hacernos formar mal concepto del corazón humano, sino darnos a conocer una clase de la sociedad española; y si introduce a una Rosamunda liviana o a un Clodio maldiciente en alguna de sus novelas (*Persiles y Segismunda*) no los priva de buenas cualidades, y se propone el noble objeto de hacer notar la fealdad de esos vicios por sus funestas consecuencias, y dar una lección de moral conforme en un todo con las reglas a que él mismo sometía su conducta. “La reprensión pública y mal considerada”, dice, “suele endurecer la condición del que la recibe y volverle antes pertinaz que blando, y como es forzoso que caiga sobre culpas verdaderas o imaginadas, nadie quiere que le reprendan en público; y así dignamente los satíricos, los maldicientes y mal intencionados son desterrados y echados de su casa sin honra y con vituperio, sin que les quede otra alabanza que llamarse agudos sobre bellacos y bellacos sobre agudos” (1); y más abajo, por boca de Arnolfo, dirigiéndose a Clodio, continúa: “La alabanza tanto es buena cuanto es bueno el que la dice, y tanto es mala cuanto es vicioso y malo el que alaba; que si la alabanza es premio de la virtud, y tanto es mala cuanto es vicioso y malo el que alaba; que si la alabanza es premio de la virtud, si el que alaba es virtuoso, es alabanza, y si vicioso, vituperio”; y no satisfecho agrega todavía: “La lengua maldiciente es como espada de dos filos, que corta hasta los huesos. . . . Aunque las conversaciones y entretenimientos se hacen sabrosos con la sal de la murmuración, todavía suelen tener los dejos desabridos y amargos.”

No son éstos los únicos pasajes que pudiera citar como comprobantes de la aversión de Cervantes a la maledicencia: abundan en todas sus obras, las cuales bien examinadas son preciosas compilaciones de lecciones de moral dadas con sencillez y naturalidad, sin ostentar erudición ni asumir el papel de predicador ni de filósofo. Su

(1) *Persiles y Segismunda*, Capítulo XIV, libro I.

pluma derrama los sentimientos de benevolencia que abundan en su corazón y le ganan el cariño de cuantos leen sus obras. Parece que las decepciones y sufrimientos de que fue víctima, bien lejos de producir en él los efectos que otros parecidos produjeron en Dante, quien vierte por todas partes espíritu de venganza, le penetraron más y más de sus deberes de cristiano: así lo infiero al observar que en el último de sus libros (1) es donde más resaltan sus convicciones morales y religiosas. En cuanto a moralidad, quizá no se le podrán censurar sino ciertas frases, probablemente irónicas, referentes a una industria vergonzosa, que se prestan por desgracia a ser interpretadas en sentido recto.

La belleza anda tan unida con la verdad, que no puede apreciarse en un escrito aquélla, sin tener en cuenta ésta. "Lo bello es el esplendor de lo verdadero", se ha dicho con sobra de razón; y de aquí proviene en gran parte el encanto que produce el *Quijote*. El mérito de las creaciones ideales estriba en que la cosa imaginada y descrita por el autor tenga tales caracteres de verdad, que se grave en la mente de quien lee como si en realidad hubiera existido o existiera; en que le cause una ilusión interior como la material del teatro, en el cual nos parece que asistimos a los acontecimientos que el poeta narra.

Ahora bien, ¿cuál de nosotros tiene de Aquiles, de Ulises y demás caudillos del sitio de Troya, o bien de Eneas, de Dido, y tantos otros personajes de la *Eneida*, o en fin, de cualquiera de los héroes de las epopeyas modernas, esa idea clara, precisa, determinada, que le permita retratarlos o reconocer siquiera sus parecidos en el mundo real? ¿quién cree que esos hombres hayan existido tales como Homero y Virgilio nos los pintan, no obstante favorecer esa creencia respecto de los segundos la costumbre de oír hablar de ellos desde nuestra primera infancia? No hay en el mundo seres de esa especie, ni es tampoco la naturaleza física como la imaginan los poetas: no hay tempestades como las que describe Virgilio, ni han sido nunca Scila y Caribdis como aparecen en la *Odisea* y en la *Eneida*. Por esto leeremos mil veces cualquiera de los poemas mencionados, y admiraremos la imaginación del poeta, y gozaremos mientras tengamos el libro abierto o cuando de propósito recordemos sus pasajes, pero no les daremos fe. Otro tanto nos sucederá con la *Divina Comedia*, con *Los Luisiadas*, con la *Jerusalén Libertada* y con el *Paraiso Perdido*, obras en que, a pesar de ser de escritores cristianos, así como en aquellas escritas por gentiles, vemos mucho de fantástico, abstracciones ideales que exigen del lector un esfuerzo para elevarse hasta la altura del poeta; a fin de gozar de esas bellezas de verosimilitud apenas convencional y nunca real, que no le dejarán jamás la impresión profunda que produce la verdad, porque no son la verdad.

De muy diferente género son las creaciones de Cervantes, que toma sus cuadros y sus personajes del mundo tal cual es, sin exagerar los unos ni los otros. Si habla de Sierra Morena, nos la pinta de ma-

(1) *Persiles y Segismunda*.

nera que formamos idea de lo que es realmente Sierra Morena; si crea un personaje, no sólo lo hallamos parecido a otros que vemos de continuo en el mundo, sino tal como debió de ser en las circunstancias que él supone. Compárese, en prueba de ello, *La Ilustre Fregona* imaginada por nuestro autor, con el personaje análogo de Voltaire, *Nanina*, y estoy cierto de que en ésta se verá una obra puramente ideal y en aquélla un ser más que verosímil, posible y aun común. Para entender a Cervantes no necesitamos hacer rebajas como en Homero y Virgilio. Cuando éste nos dice que las naves eran levantadas por las olas embravecidas hasta el cielo y precipitadas luego hasta los abismos, queda a nuestro cargo sobrentender que esos cielos y esos abismos no distaban entre sí ni quince pies, pues mucho menos que esto se levantan las olas sobre el nivel ordinario del mar en las más violentas tempestades. De aquí resulta que, no obstante estar convencidos de que todo el *Quijote* es una fábula, nuestra voluntad no se aviene con la convicción de nuestro entendimiento, y continuamos persuadidos de que Don Quijote y Sancho no sólo existieron, sino que existen todavía. En efecto, todos tenemos con ellos amistad, y su trato nos es tan familiar, que cualquiera que sepa manejar el pincel o la pluma es capaz de hacer el retrato físico y moral de ambos: los conocemos mejor que a muchos de los individuos con quienes estamos en íntimas relaciones, a cuyo corazón no hemos podido nunca descender y en quienes podemos por lo mismo suponer dobleces y reservas que no tememos hallar en Don Quijote ni en Sancho. En corroboración de mi juicio, recordaré estas palabras de Ticknor (1):

“Cervantes, escribiendo bajo la influencia natural y libre de su ingenio, reconcentrando instintivamente en su ficción el carácter especial del pueblo en que nació, se ha hecho escritor de todos los pueblos y de todos los países, de los ignorantes como de los sabios, y esta universalidad singularísima le ha granjeado el tributo de admiración y simpatías de la humanidad entera, recompensa que no ha alcanzado aún ningún otro escritor.”

El poder creador de Cervantes no se reduce a sólo los dos personajes indicados: cuantos figuran en su historia están grabados en nuestra imaginación, y tales como él los supone y los retrata los vemos andar en nuestras calles y plazas, con ellos tropezamos en los campos y caminos cuando viajamos, y los encontramos en las ventas y posadas. ¿Hay alguno de nosotros que no haya visto en alguna parte al bachiller Sansón Carrasco; que no haya hablado con el maese Pedro o tratado al Cura y a maese Nicolás el barbero, o a quien Maritornes no haya servido en alguna de nuestras ventas? ¿Cuál de estos sujetos no tiene en nuestra mente su fisonomía propia, su modo de ser y cierto continente y modales conformes con la idea que de él nos da Cervantes? Pero ¿qué digo? El autor del *Quijote* no sólo crea personajes, crea actitudes, animales, muebles, paisajes: cada escena de *El Ingenioso Hidalgo* es un cuadro completo, y formamos por la narración tan cabal idea del sitio de los individuos, de la posición

(1) *Hist. de la Lit. Esp.*, sg. ép., cap. xii.

en que están, de los muebles que los rodean y hasta de los gestos de los actores, que si varios artistas en distintos puntos, sin acuerdo previo se propusiesen dibujarlos, lo harían con tanta semejanza entre sí, que apenas discreparían en accidentes. Recuérdense, en prueba de esto, la aventura de los batanes con el apretón de Sancho, la de la risa, que siguió al desengaño que le dio término, o a aquel otro pasaje en que Sancho va a examinar las quijadas de Don Quijote a tiempo que el bálsamo de Fierabrás hace su efecto, y dígase si es posible dar con el pincel o el buril una idea más clara, y más puntual, más viva, de esas escenas. Puede hacerse una prueba, y yo la he hecho: abrir al acaso el libro y leer la descripción que se presente a la vista. Al primer registro hallé el pasaje en que Don Quijote, después del movimiento de los yangüeses, tendido maltrecho por el suelo, excita a Sancho a que se mueva antes de que le suceda alguna desgracia al jumento: "Aun ahí sería el diablo, dijo Sancho, y despidiendo treinta ayes y sesenta suspiros y ciento veinte pésetes y reniegos de quien allí le había traído se levantó quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco" (1): es ésta una creación de actitud. Volví algunas fojas y se me presentó una de paisaje, la descripción del Toboso a media noche (2): "Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y reposaban a pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara... no se oía en todo el lugar sino ladridos de perros que atronaban los oídos de Don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche." Al lector, que ve esta descripción tan clara y vigorosa, le parece que presenció el hecho a que se refiere y hasta lo confunde en su imaginación con algún pasaje análogo de su propia vida. Continuando mi prueba di sucesivamente con estos tres: la pintura de Don Quijote distraído sobre Rocinante (3); la descripción aquella tan citada del lecho de Don Quijote en la venta, y, en fin, el combate trabado por el andante caballero con el gigante enemigo de la Princesa Micomicona; todos los cuales omito citar íntegros, porque vosotros los recordáis talvez mejor que yo, y no quiero abusar de vuestra indulgencia. ¿Se encuentran, por ventura, en Homero, en Virgilio, o en alguno de los épicos modernos, cuadros más felizmente trazados, y sobre todo más verdaderos? Escójanse los mejores de la *Eneida*, de la *Odisea*, de la *Iliada*, o, si se quiere, de *Los Luistadas* o del *Paraiso Perdido*, y pónganse en paralelo con los ya mencionados de Cervantes. ¿Quién hallará, por ejemplo, la cándida y sencilla verdad en la escena de Eneas saliendo de Troya, cubierto de una nube por favor de Venus, ni en la exagerada desesperación de Dido; quién podrá aceptar por verosímil que se confundan sacos de viento con sacos de dinero, como se supone en la *Odisea*; a quién, en un pueblo cristiano, causará ilusión la extravagancia en que incurre Camoens, por seguir

(1) Part. I, cap. xv.

(2) Cap. XI, parte II.

(3) Cap. IX.

paso a paso a Virgilio, de hacer a Venus protectora de los portugueses y por supuesto de la propagación de nuestra fe en Oriente; ni quién, en fin, se podrá formar idea de la bajada de un ángel al Paraíso, caballero en un rayo del sol, como lo canta Milton? Todo esto puede ser verosímil considerado desde el punto de vista imaginado por el poeta; mas en ningún caso alucinará al lector.

Hasta aquí he estimado la verdad del *Quijote* por el acierto y puntualidad de descripciones que pudiera llamar materiales; pero hay además en él un género de verdad de orden más elevado, una verdad colectiva que merece particular atención.

El común de los romancistas y de los dramaturgos no crean realmente sus personajes, sino que para formarlos toman un tipo de los muchos que abundan en la humanidad, y le quitan o le ponen cualidades o defectos, o bien se los exageran o disminuyen, según el fin que se proponen: el *Tartufo* y el *Avaro* de Molière, por ejemplo, son, aquél como todos los hipócritas, y éste como todos los avarientos que conocemos; pero puestos en caricatura por el poeta. No procede así Cervantes, que hace verdaderas creaciones, para personificar en sus dos protagonistas con habilidad incomparable a la humanidad entera, y a las diversas clases sociales en personajes subalternos; de manera que en su libro nos ofrece la sociedad española del siglo XVI, retratada con tal grado de verdad, que hoy, gracias a él, la conocemos tan a fondo como si hubiéramos vivido en su seno. Los duques y D. Fernando personifican a la nobleza; Cardenio, Dorotea y el Maese Nicolás a la clase media; y el clero está representado por el Cura, el canónigo literato, el eclesiástico capellán de los duques, y aquellos dos frailes de San Benito a quienes pinta "caballeros sobre dos dromedarios, que no eran más pequeñas dos mulas en que venían", como para hacernos comprender que no viajaban como pobres religiosos. No figura en la obra ningún eclesiástico consagrado con celo al ejercicio de su ministerio; pues, por desgracia, eran pocos los que por entonces daban en España ejemplos de virtud y abnegación apostólica, a los cuales Cervantes no alude porque pintaba la sociedad en general y no sus individuos en particular. Pero el haber personificado en Sancho, que funciona con tanta naturalidad, a la mitad del género humano, en contraposición con Don Quijote, que personifica a la otra mitad, es de las creaciones más admirables que hayan salido del cerebro de un hombre y lo que hace esta epopeya de interés universal.

Sancho es utilitarista práctico, amigo de su comodidad y de sus goces, y Don Quijote el tipo de la escuela espiritualista, el esclavo del deber, el campeón del honor. Todo en ambos es verdadero, hasta la locura del último, símbolo en cierto modo de las exageraciones a que tiene que ir la idea espiritualista, cuando cobran por su parte fuerza en la sociedad y adquieren poder los instintos sensualistas. Al comparar la conducta de Sancho, sus palabras, sus aspiraciones y sus inconsecuencias, con las de los utilitaristas modernos, queda uno sorprendido de ver que Cervantes no olvidase ni uno solo de los caracteres que al presente distinguen a esta escuela y a sus hombres.

Jamás molestan a Sancho cuidados ajenos; sabe a las mil maravillas desespumar las ollas en las bodas de Camacho, y se deja man-tear más bien que soltar un maravedí. Sin embargo, bulle en su co-razón como a pesar suyo el sentimiento de lo justo y de lo bueno, que le hace hablar como hombre cristiano y sensato cuando no se atraviesa el interés. Olvida la justicia desde que hay un fraile ate-rrado a quien despojar, una maleta que escudriñar, unos escudos que guardar, o siquiera una albarda con qué mejorar la de su rucio; pero quiere, eso sí, que los gobernantes tengan el *Christus* en la memoria, como anota el señor Martínez. Se muestra muy avenido con ser del pueblo, pertenece a la democracia, confiesa su ignorancia; mas no cesa de ambicionar el gobierno de la ínsula, aspira nada menos que a ser príncipe, y por nada cede en lo de hacer a Sanchica condesa.

¿Cómo pudo Cervantes adivinar en profecía lo que había de ser la escuela utilitarista de nuestro siglo? Es claro; el utilitarismo no es cosa nueva: es el pecado original con todos los vicios de su prosa-pia, que desde los días de Adán anda por el mundo, vergonzante en las sociedades religiosas, creyentes y moralizadas, e hipócrita al prin-cipio y audaz y pretensioso luego dondequiera que las costumbres se corrompen. El marca en las revoluciones de los pueblos la época de decadencia moral que va seguida de cerca por la debilidad física y la postración intelectual. Nadie se atreve en medio de un pueblo morigerado a decir francamente: "Comamos y bebamos, que mañana moriremos"; nadie se muestra panegirista de la sensualidad allí don-de sabe que será unánimemente condenado por la conciencia públi-ca; mas cuando se van perdiendo las costumbres y hay ya muchos in-teresados en disculpar sus propios excesos, entonces el utilitarismo crece y se extiende, como en heredad abandonada la mala hierba que el cultivo no dejaba antes germinar. Nada tuvo él de nuevo ni quan-do fue para Epicuro el cuerno con que recogió su numerosa piara en la Grecia corrompida, ni cuando Hobbes lo exhumó bajo Crom-well en obsequio de la tiranía, ni, en fin, cuando Bentham, judío inglés, formulándolo de nuevo, aspiró acaso a vengarse de Cristo en-venenando con él la civilización cristiana, excepto el aparato cientí-fico de doctrina filosófica con que creyó conveniente disfrazarse, ora por vergüenza, ora por hacerse aceptable entre las gentes sencillas. Cervantes no lo conoció nunca vestido a lo sabio como anda al pre-sente, pero le veía en desnudez repugnante, o en hábito de devoto mojigato en el séquito del duque de Lerma. Y pues he venido com-parando a nuestro autor con Homero, curioso será notar que el úl-timo no tuvo del utilitarismo la misma idea que el primero. Así lo prueba un argumento negativo. Cuando la encantadora Circe con-vertió en cerdos a los compañeros de Ulises, él los desencantó fácil-mente con la hierba que al efecto le dio Mercurio, y hoy el encanto sensualista resiste tenaz a todo remedio divino y humano. La razón de este fenómeno es, en mi concepto, que el utilitarismo como doc-trina penetra corazón y entendimiento, y los vicia y desorganiza a ambos de tal modo, que sus víctimas para salir de su error exigen que se las convenza con argumentos de utilidad.

Si la inventiva es un don de lo Alto, un destello del poder divino, para crear se necesita de la fe por punto de partida y del sentimiento religioso por guía. Sin esto el pensamiento humano es incapaz de plan y de objeto moral, de esa unidad, en una palabra, que tanto luce en las obras de Cervantes. Sobre la movediza arena de la duda no puede levantarse ningún sistema sólido; no es posible al hombre colmar con sus ideas el insondable abismo de la incredulidad; la negación, que es la nada, es esencialmente infecunda. El incrédulo no crea jamás: se reduce a imitar, y sus imitaciones carecen siempre de vida moral; son copias que nada dicen al alma, y que si hablan al corazón es en el lenguaje de las pasiones. Puede el poeta incrédulo hacer versos eufónicos y bien medidos, describir objetos materiales y mover los sentimientos puramente humanos, aun el del amor a la patria; pero jamás elevarse a las regiones del espíritu para producir lo que llamamos una creación literaria. La prueba la tenemos en Voltaire, en cuyas obras sólo hallamos copias. Alguien ha dicho, y con razón, que los personajes de sus tragedias son todos damas y caballeros franceses; y en efecto, Gengiskan mismo, en *El Huérfano de la China*, es un francés vestido de tártaro. En *La Henriada* pretendió crear algo, y produjo tres personajes dignos de él: La Discordia y sus dos más poderosos auxiliares, el Fanatismo y la Política. ¿Qué otra cosa podía engendrar ese enemigo de Cristo? ¿Habría alguno a quien hayan causado ilusión estas tres diosas o damas? ¿Qué son ellas al lado de Don Quijote, de Sancho Panza o de otra de las creaciones de Cervantes?

Bien se verá por lo dicho que cuando hablo de unidad, no me refiero sólo a esa unidad material consiguiente a la rigurosa observancia de las reglas, especie de simetría literaria de que *La Henriada* misma puede ser modelo; sino más especialmente a la unidad moral de ideas y de sentimientos que domina en las producciones del genio. La material del *Quijote* es tal, que, gracias a ella, no obstante la diversidad de aventuras que el ingenio de su autor imaginó y la variedad de situaciones en que aparecen sucesivamente colocados sus protagonistas, conserva uno la idea completa de toda la obra cuando una vez la ha leído. Todos los episodios de este libro (excepto la novela de *El Curioso Impertinente*, porque algún lunar debía tener) se desprenden con tanta naturalidad del asunto principal, que no se advierte que se hiciera esfuerzo para darles cabida en la narración. Esta gran variedad de accidentes con que se proporciona Cervantes medios para desarrollar todo su plan, es, se puede decir, una imagen de la naturaleza, en la cual rige por dondequiera la ley de la variedad en la unidad. En cualquiera de los afamados poemas épicos tantas veces recordados en este discurso, percibe el lector a primera vista el trabajo que costó al poeta introducir episodios o relaciones extrañas para aumentar el número de cantos: las lecciones históricas de cosmografía, por ejemplo, que da el ángel Rafael a Adán en el *Paraiso Perdido*, son a la verdad planta exótica de ese vergel. A semejanza de éste hallaremos otros episodios en los demás poemas; pero en el *Quijote*, excepto el ya indicado, no hay uno que pudiera suprimirse

sin perjudicar a la unidad. Extraña se ha dicho ser a la acción principal la relación del *Cautivo*, pero esta censura es injusta: no podría arrancársela de la obra sin perjudicar a su trama y su conjunto. Sin ella ¿cómo pintarnos la condición de los españoles esclavos en Argel, ni cómo hacernos comprender la influencia que ejercía la guerra de Africa en las costumbres, ideas y modo de ser de los españoles meridionales? El encuentro con el *Cautivo* fue una de las aventuras de Don Quijote, como lo fueron los que hizo con don Diego de Miranda y el Canónigo, y creo por cierto aventura feliz la que nos proporcionó el elocuente discurso sobre las armas y las letras.

La unidad moral, o de ideas y sentimientos, que resalta en el *Quijote*, procede de las convicciones religiosas o sea de la teología cristiana que dominaba el alma y el corazón de Cervantes. Nada semejante puede hallarse en Homero ni en Virgilio, poetas paganos, a quienes la creencia popular en la existencia de muchos dioses, cada uno de los cuales tenía sus pasiones, sus amigos y enemigos, obligaba necesariamente a incurrir en incongruencias y contradicciones, cuando no en las ideas cardinales, sí, por lo menos, en la forma con que las expresan. Lo mismo ha tenido que suceder en las imitaciones que del último han hecho algunos poetas modernos, como se advierte en Camoens, por la mezcla que hace del cristianismo con la mitología, de Jesucristo con Venus, defecto que no alcanza a corregir, y antes agrava (como lo observa Cantú), con la advertencia que él mismo hace de entrar allí los dioses como una alegoría. Cervantes no emite ni un solo pensamiento que no vaya acorde en el fondo y en la forma con el criterio moral de los pueblos cristianos; de donde resulta tal unidad en el conjunto de las apreciaciones, y tal congruencia de las partes entre sí y con el todo, que el lector llega, como hemos visto, a persuadirse fácilmente de que el *Quijote* no es una fábula sino una historia.

La gran variedad de accidentes y aventuras de este libro, a los cuales he aludido antes, son una prueba de la fecundidad de ingenio de su autor; pero se aprecia mejor esta dote suya cuando se han leído todas sus obras. De ordinario en las producciones de cada novelista o poeta se advierte cierta analogía, o en la forma, o en el enredo, o en el carácter de los personajes, que les da un tipo peculiar; pero las de Cervantes, merced a su fecundidad, se singularizan en sentido opuesto: *La Galatea*, cada una de sus *Novelas ejemplares*, *El Ingenioso Hidalgo*, y *Los Trabajos de Persiles y Segismunda*, son completamente diversas entre sí y no tienen de común sino los encantos del estilo y ese delicado sentimiento de lo bello y de lo bueno que en todas ellas rebosa. Pero donde más se ostenta la inventiva de nuestro autor, es en la última de las citadas obras. No creo que exista ninguna de este género en que se hayan discurrido y relacionado en un solo cúmulo tantas ni tan variadas historias. A tal exceso llega su abundancia, que la complicación que produce destruye la verosimilitud, y de tal modo perjudica a la unidad, que se pierde muchas veces por ella el hilo de la acción principal.

Parece, sin embargo, que Cervantes creía que el mayor mérito de sus escritos estribaba en el número y variedad de las aventuras que su rica imaginación le sugería: así se deduce de las repetidas recomendaciones que hace de su *Galatea*, que, como todos sabemos, es un tejido de cuentos, y de los términos con que encarece al conde de Lemos *Los Trabajos de Persiles y Segismunda* al dedicarle la segunda parte del *Don Quijote*; pues hablándole de aquel libro le dice: "Ha de ser el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto: quiero decir, de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos, ¡ha de llegar al extremo de bondad posible!" ¡Raros fenómenos de la inteligencia humana! El mismo autor del *Quijote* no comprendía la grandeza de su mérito, y prefería a él escritos evidentemente inferiores. Bin estuvo, según esto, para su propia gloria y para nuestro recreo, que escribiese su primera parte en "una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento, donde todo triste ruido tiene su habitación" y donde no le era posible consagrarse a discurrir y enredar aventuras; y bien estuvo que la publicación de esa primera parte le pusiese en la necesidad de dar a la segunda el mismo tono y forma: sin esto es lo probable que el *Quijote* hubiera sido semejante al *Persiles y Segismunda*, y hoy no nos ocuparíamos en estudiar sus bellezas.

Gracias pues a la prisión de Cervantes, todo en el *Ingenioso Hidalgo* es fácil y espontáneo, y hasta sus mismas incorrecciones de lenguaje y ciertos anacronismos e incongruencias de que adolece, y que revelan la ligereza con que fue escrito, acrecientan el mérito de su espontaneidad. Cuando leyéndola se considera cómo brotan en él bellezas, sin arte ni esfuerzo visible, imagina uno hallarse en algún valle de nuestros Andes, donde árboles, bosques, fuentes, prados y colinas, colocados como al acaso por la mano de Dios, causan con la armonía de su misma irregularidad una impresión arrebatadora, bien diferente del encanto que debe de sentirse al recorrer uno de esos parques ingleses, semejantes al común de los poemas, en que hay también árboles, y bosques, y prados, y arroyos y colinas; pero todo de naturalidad aparente, todo artístico, todo imitación: nada espontáneo, nada que levante el corazón más allá de la tierra y del hombre.

Todo conspira a demostrar, señores, que el *Quijote* es una creación exclusiva del genio; pero aún falta dar de ello la última prueba, a saber: que no ha habido hasta ahora quien pueda imitarle. Infructuosos han sido los esfuerzos hechos con este objeto, si es que por imitaciones suyas pueden tomarse el *Gil Blas* de Le Sage y el *Fray Gerundio* del P. Isla. Si tal fue el pensamiento de estos ilustres literatos, puede asegurarse que no comprendieron a su modelo, supuesto que ni uno ni otro hicieron otra cosa que una sátira de las costumbres de su época, objeto muy diverso del que tuvo la obra de Cervantes. De notar es también que, siendo tanto *Don Quijote* como *Sancho* personajes cómicos, hayan fracasado los esfuerzos de hábiles poetas para presentarlos en el teatro. Pero no lo extrañemos: es tanta la dificultad de imitar, que el mismo Cervantes pareció pequeño cuando

intentó seguir el camino trillado por otros ilustres literatos, como lo prueban sus desgraciados ensayos en la novela pastoral y en la comedia.

*
* *

Con los literatos sucede lo propio que se dice de los héroes: deben una parte de su gloria al genio que los anima y otra a la fortuna que los protege; pero ¿qué es la fortuna sino el conjunto de circunstancias que para ahorrar palabras he llamado *oportunidad*? En esta voz, sin embargo, he comprendido con relación a Cervantes dos órdenes de hechos, que debo apreciar separadamente: las circunstancias que influyeron en el crédito que alcanzó *El Ingenioso Hidalgo*, y las que dispusieron el ánimo del autor a producirlo.

De oportuno calificué antes el discurso de nuestro amigo el señor Martínez Silva, por la habilidad con que supo escoger para estudiar *El Quijote*, un punto de vista a la par que nuevo congruente con las ideas que privan el día de hoy. En este siglo de embriaguez democrática, en que cada hombre se considera, tomando la expresión de Cervantes, un nuevo legislador, un Licurgo Moderno, un Solón flamante, para renovar la república a medida de sus deseos y aspiraciones, toda obra literaria, por noble que sea su objeto, brillante su composición y sólidas sus reflexiones filosóficas, ha de tener algún sabor a política, so pena de que la generalidad de los oyentes y lectores la juzguen árida, desabrida y fría. Conformarse, pues, a las ideas de la época, es una de las condiciones que hacen oportuno un escrito; pero esta sola no basta: es preciso, además, que tenga por objeto satisfacer alguna necesidad social, y que hechos anteriores hayan preparado la sociedad a recibirla.

En cada siglo, según sus respectivas necesidades y aspiraciones, predominan ciertas ideas y sentimientos que dan el tono a la sociedad, el giro a los negocios, la forma a las costumbres y las reglas al gusto. No es ya la teología (que ojalá lo fuera) la base de todos los estudios, ni el riguroso y descarnado silogismo la forma de todos los discursos, como en los días de Santo Tomás de Aquino; nadie se consagra hoy a la alquimia ni a la astrología judiciaria, estudios predilectos de la Edad Media, ni andan los dioses del Olimpo hombreándose con los santos del calendario, como fue general en obras de poetas cristianos contagiados del Renacimiento. Al presente nadie toleraría un escrito en riguroso método peripatético; y no diré en un poema épico, pero ni en una composición puramente erótica, se acogerían con gusto escenas como las que a Venus y Júpiter, por ejemplo, hace representar Camoens en el segundo canto de *Los Lusíadas*, repugnantes no sólo a las ideas cristianas sino también a la delicadeza y cultura que han alcanzado ya el lenguaje y el trato social. Desde este punto de vista me parece no ser el menor mérito de Cervantes, la admirable conformidad que guarda en el *Quijote* con las costumbres, ideas y lenguaje del país y de la época en que escri-

bía, la cual contribuye a la claridad del estilo y a que el lector se sienta dominado por lo natural y espontáneo de la narración.

Las preocupaciones mismas de la sociedad son a veces obstáculo invencible para el buen éxito de un escrito: quien está poseído de alguna, o de un afecto o interés (que viene a ser lo mismo), tiene cerrados los oídos a todo lo que no la lisonjee, y es imposible convencerle de la verdad, porque en casos como éstos no se llega jamás al entendimiento sino por el camino del corazón. Este fenómeno psicológico, de que todos, cual más, cual menos, hemos adquirido experiencia en el trato social, no es privativo de los individuos: afecta también a los pueblos. En vano escribiréis para decir útiles verdades a una nación distraída y preocupada por ideas o sentimientos incongruentes con ellas. ¡Ah! y ¿cuántas veces no es la pública ceguedad, efecto de un error o de una pasión, el tormento de los hombres generosos y previsores que se desvelan por evitar males a la patria? El escritor que se proponga destruir una preocupación, debe procurar aislarla y atacarla sola, para poderla batir en todas direcciones, omitiendo con cuidado el chocar, por lo menos ostensiblemente, con todo lo que no sea ella. En esto brilla, a lo que me parece, la habilidad de Cervantes en el *Quijote*. Como su objeto principal era acabar con la lectura de los libros de caballerías, no entra en lucha franca con ninguna otra preocupación o error, y es notable que, participando él mismo de muchos de los de su tiempo, como el de la astrología judiciaria y el de las hechicerías, prescinda de ellos del todo como si hubiese presentido que eso podía de algún modo disminuir el efecto de su libro.

No basta, empero, dije, para la oportunidad de una obra que se acomode a las ideas que privan en la época en que se escribe. Un libro debe ser como un invento: ha de contener remedio o alivio para algún mal social; si no satisface una necesidad es inútil, y perecerá por inoficioso. Se refiere que la aplicación del vapor fue ensayada con éxito feliz, en presencia de los Reyes Católicos Fernando e Isabel. Dudo mucho de la verdad del hecho y de que se pueda comprobar; mas si así fue, el no haberse generalizado desde entonces, debe atribuirse únicamente a que las necesidades del comercio y el reducido movimiento de la humanidad no demandaban todavía tan activo medio de comunicación; porque lo cierto es que cuando una necesidad social exige un descubrimiento posible a la mente humana, o la propagación de alguna verdad, toda resistencia cede, todo obstáculo desaparece, y el descubrimiento se hace o la verdad se generaliza. ¿A quién no sorprende, por ejemplo, ver cómo en este siglo, adorador del Becerro de Oro, se descubren por todas partes ricas minas de metales y piedras preciosas, y cómo dondequiera se explotan con afán? ¿Por ventura estaban tan ocultas que el hombre no hubiese podido dar con ellas en las edades precedentes? No, desde luego; pero hoy que se apetece más que nunca la riqueza por el ansia de gozar que la civilización material de nuestro siglo ha despertado, no se tropieza con el más pequeño indicio de una veta sin que cien ojos lo observen codiciosos y millares de brazos se consagren activos a sacar

provecho del descubrimiento. ¿Y qué necesidad social, se me dirá, pudo satisfacer el *Quijote*? Satisfizo dos: la una dentro y la otra fuera del país.

En la época de Cervantes, a la parte culta de la oprimida España, privada de artes, de comercio y de industrias por las guerras y el mal gobierno, y excluida del templo de las ciencias por la intolerancia religiosa y política, no le quedaba otro recurso que el estudio de las letras, que no es para todos, y eso con la limitación consiguiente a la censura previa y a la responsabilidad ante el Santo Oficio. Un pueblo en semejante situación tiene necesidad de reír aunque sea de sus propias miserias, para distraer el tormento de la vida; y los españoles hubieron de recibir el *Quijote* como el don más oportuno que pudiera hacerseles entonces. No vieron en él, ni podían ver, la imagen de España que contiene, porque nadie conoce su propia fisonomía, ni puede estimar el mérito de su retrato. Tomáronlo por libro de puro entretenimiento: así se deduce de lo poco que de él se dijo y aun de la anécdota de Felipe III, del cual se refiere que al ver desde su palacio a un joven que a solas reía a carcajadas leyendo una obra, dijo: "Aquel está loco, o lee el *Quijote*." El verdadero precio de este escrito no fue por entonces conocido en España; pero no se hallaban en el mismo caso las naciones relacionadas con ella, las cuales de lejos pudieron apreciar mejor la exactitud y belleza de los cuadros de Cervantes. Por esto, sin duda, se repitieron pronto tres ediciones en el extranjero, y se verificó en seguida un fenómeno que no es raro: el crédito que tomó el libro en los vecinos reinos, vino a aumentar el que gozaba en su propia patria. Los pueblos, como los individuos, se pagan más de lo ajeno que de lo propio, y no estiman lo que tienen sino cuando comprenden la estimación que otros hacen de ello.

Fue también favorable a la obra de Cervantes la posición que todavía entonces ocupaba la España en Europa. Unida a Portugal bajo un mismo cetro, era aún señora de la mitad del mundo; aún era la rival de la Francia, la aliada del Imperio, y la metrópoli de la mayor parte de Italia; aún conservaba todo el crédito y prestigio que le habían ganado la espada de sus héroes y la pluma de sus políticos y literatos; la lengua de Castilla se había generalizado con su literatura en todas las naciones europeas, y la Inglaterra misma no estaba exenta de la influencia española, por el natural afecto que unía a los católicos perseguidos allí, con la nación católica por excelencia; así como los libros que por entonces se publicaban en la Península, eran, como los que hoy se dan a luz en Francia, solicitados y leídos con interés en los pueblos extranjeros, que sentían verdadera necesidad de conocer e imitar a la nación que llevaba todavía el cetro en la literatura.

Los hechos, las ideas, los descubrimientos, necesitan que otros hechos, otras ideas y otros descubrimientos hayan preparado la sociedad a recibirlos y apreciarlos; lo mismo sucede con los libros; y el *Quijote* ha sido en este aspecto el más favorecido por las circunstancias. Permitidme que aclare mi pensamiento con dos ejemplos. Admitido está como cierto que Pitágoras, cinco o seis siglos antes de Jesu-

cristo, acertó con el sistema del mundo, colocando el sol en el centro del universo; pero entonces la humanidad no estaba preparada para idea tan grande, y otros veinte siglos fueron precisos para que emitida en más felices circunstancias, hiciese la gloria del célebre Copérnico. Mas prescindamos de hechos inciertos, y vengamos a uno evidentemente histórico. Suponed a Europa un poco más ignorante de lo que era a fines del siglo xv, y que, por consecuencia, Colón no hubiese contado con el apoyo del prior de la Rábida, de Quintanilla y de los pocos más que favorecieron su proyecto: ¿no es seguro que en tal caso la idea de un nuevo mundo habría bajado con su inventor al sepulcro? Apenas un reducido número de personas hubiera hablado después de Colón como de un loco y visionario proyectista. Y si esto es así, si es preciso que unas ideas preparen la entrada a otras ideas, ¿cuántos libros, y cuántos felices pensamientos en esos libros, no habrán quedado sepultados en la noche del olvido, porque el inspirado autor no halló apoyo entre los amigos y relacionados suyos, que no supieron comprenderle? El Evangelio mismo fue preparado; Jesucristo no apareció sino cuando, cumplidos ciertos acontecimientos, la humanidad postrada de miseria y de dolor demandaba al cielo una doctrina de salud, como la tierra seca el agua de las lluvias. Ignoran esto aquellos políticos empíricos de quienes nos hablaba el señor Martínez, que imponiendo determinadas instituciones a pueblos no dispuestos a recibirlas, los condenan a postración y ruina. Pero vuelvo a los libros; y a propósito de mi tesis, voy a citar una vez más aquel prodigio de ingenio y de buen gusto literario, encanto de los amantes de nuestras letras, *Las Siete Partidas*, que se alzan solitarias allá en el origen de nuestra literatura, entre la barbarie y la civilización, como se destacan las pirámides de Egipto más allá de la historia, entre el árido desierto y el fértil valle del Nilo. Decidme, si esa obra monumental hubiese sido un trabajo puramente literario, y no un código de leyes, ¿no es casi seguro que se hubiera perdido, redactada como fue cuando las letras castellanas no habían llegado a la altura bastante para que se estimase todo el esfuerzo de inteligencia que hubo de ser necesario para regularizar un idioma incipiente y producir en él tanta belleza y eufonía? ¿Y por qué habría sucedido esto? Porque Don Alfonso como literato se adelantó cien años a su época. No así Cervantes, que nació a tiempo.

La situación general de Europa y las condiciones especiales de España influyeron más de lo que generalmente se ha creído en el éxito brillante del *Quijote*: un siglo antes es probable que no hubiera llamado la atención, y un siglo después habría venido demasiado tarde. La civilización intelectual y científica que había alcanzado la sociedad cristiana del siglo xvi, los nuevos horizontes abiertos a las ciencias y a las letras mediante el cultivo de la literatura y de las artes griegas, y la generalización de la imprenta, eran ya incompatibles con las extravagancias de los libros de caballerías. Aquellas leyendas fantásticas fundadas en el artificio de los encantamientos, vulgarizado en el Mediodía de Europa por la influencia de los árabes, no podía sobrevivir a la civilización arábiga, ya por ese tiempo en de-

cadencia y definitivamente reemplazada en la Península por la civilización cristiana bajo los Reyes Católicos. El mismo Tícknor, que atribuye a Cervantes la gloria de haber muerto la necia afición que en su tiempo privaba por los libros de caballerías (1), reconoce no obstante que el gusto por esta lectura había disminuído considerablemente, tomando en su lugar boga la pastoral, de la cual el mismo autor del *Quijote* hizo un ensayo en su *Galatea*. Pero escritos de esta especie no podían alcanzar crédito permanente, porque no se conformaban con las ideas de su tiempo, ni satisfacían ninguna necesidad social. El *Quijote* era un género muy diverso, y no podía menos de producir su efecto. Cervantes vino al mundo después de Vives, de Copérnico y de Erasmo, y fue contemporáneo de Bacon, de Keplero y de Montaigne; vino cuando las ideas de estos hombres, propagándose por el mundo, iban modificando el modo de ser intelectual y social de las naciones. Si se hubiera demorado en nacer, los libros de caballerías habrían perdido su auge, y al *Quijote* le habría faltado su objeto principal, su razón de ser; el autor habría escrito otra cosa, o no habría escrito nada. Cervantes con su libro dio un golpe oportuno a una columna desplomada, a punto de caer, y se ha atribuído acaso a su esfuerzo individual una parte mayor de la que le corresponde en esa catástrofe, que debía ser resultado necesario de las ideas del siglo. Sea que él tuviese la habilidad de escoger el momento favorable para publicar su *Ingenioso Hidalgo*, o que, sin el concurso de su voluntad, le favoreciesen las circunstancias, es lo cierto que obtuvo un éxito tan brillante cual pocos libros habían alcanzado hasta entonces en España. Mas a esto debió de contribuir sobre todo, la excelencia misma de la obra, debida en mucho a las condiciones de la trabajosa vida del autor.

He expuesto ya en este discurso, cómo en mi concepto favorecieron a Cervantes su falta de educación esmerada y de enseñanza metódica, su escasez de recursos pecuniarios, su servicio en la marina de guerra, su esclavitud en Argel, y hasta las ocupaciones subalternas—inferiores a sus méritos y aptitudes, y ofensivas a su dignidad personal—, en que le comprometió su pobreza, para dar a su libro los caracteres y cualidades que le distinguen: e indiqué también cómo la prisión misma a que se vio condenado, fue parte a que germinasen en su cerebro el plan de la obra y la idea de sus dos admirables personajes. Sin embargo, más que todos estos infortunios, debió de influir otro que en cierto modo los abraza a todos: la consideración del contraste que él mismo formaba con la sociedad en que vivía.

Para apreciar este contraste, tratemos de formar idea de las cualidades morales de Cervantes, y, trasladándonos a su época, echemos una rápida ojeada sobre la corte española, sobre la nobleza y sobre el pueblo. Al hombre se le conoce por sus obras y palabras: así el espíritu y el corazón de Cervantes se nos revelan, ya en su nobilísima conducta para con sus compañeros de cautiverio en Argel, de donde no quiere escapar solo, y echa sobre sí la responsabilidad de cuantos

(1) *Historia de la Literatura Española.*

proyectos discurre para salvarlos a todos; ya en sus escritos, donde sólo hallamos pensamientos dignos de una alma creyente, nutrida con la verdad, y de un corazón honrado y leal, enamorado de las bellezas de la virtud. Más noble que Camoens, ni una queja exhala por la ingratitud de su rey ni de su patria; y, lo que es más raro, reconociendo con ingenuidad su propio mérito, muestra a un tiempo dignidad y humildad, virtudes que rara vez concurren en un mismo sujeto. Podría justificar cada una de estas apreciaciones con muchos pasajes de sus escritos; pero lo hace innecesario el fiel retrato que tenemos de su alma y corazón en el protagonista de la más notable de sus obras. Imposible le habría sido crear un carácter como el de Don Quijote con todas las virtudes y cualidades que le adornan y sostenerlo siempre igual a sí mismo en obra tan larga, tan llena de episodios y complicada, si él mismo no hubiese abrigado dentro de sí un alma semejante a la de su héroe y un corazón igualmente noble. La fuerza de esta consideración aumenta al notar que, *mutatis mutandis*, se encuentran cualidades análogas y del propio modo sostenidas en otros protagonistas de sus novelas, como *Cardenio*, el *Cautivo*, *Persiles*, etc. Cervantes tenía el don de transmitir su propio espíritu y sentimientos a los personajes que creaba. Quitadle a Don Quijote la locura, y tendréis el retrato moral de su autor. Grandeza de alma, amor a la virtud, sensatez, valor, desprendimiento, lealtad y sumisión completa a las leyes del honor, y todo esto acompañado de un gusto exquisito y del íntimo sentimiento de la belleza, tanto moral como literaria, tales eran, en mi concepto, las cualidades que distinguían a Cervantes.

Veamos ahora la sociedad en que vivía.

En nombre del débil Felipe III dominaba en España desde la corte hasta los últimos rincones de la monarquía, bajo su favorito el duque de Lerma y la aristocracia palaciega que le rodeaba, ese utilitarismo práctico de la vanidad y la codicia, que no reconoce más ley que la del favor, ni más mérito que la sumisión ciega a sus deseos, y para el cual es antipática la dignidad personal, y odiosa la lealtad.

El mismo Cervantes nos da cabal idea de la vida ociosa, costumbres insustanciales y nulidad política y económica del común de los españoles nobles no cortesanos, en la pintura que nos hace de don Fernando, amante de Dorotea, de los duques que acogieron en su castillo a Don Quijote, y de otros muchos que figuran en los episodios de su preciosa novela. Y por lo que hace al pueblo en general, jamás se vio postración semejante a la que por entonces soportaba España: para el español desheredado de la fortuna (y lo eran casi todos) no había otro medio de conservar la vida que emigrar a América, sentar plaza de soldado, o alcanzar colocación en destinos civiles, siempre pocos para el número de pretendientes y padrinos; y mientras la guerra diezaba la población y la miseria despoblaba los campos y las ciudades, los impuestos y exacciones crecían, se despilfarraban sumas enormes en divertir con ostentosas fiestas al inepto monarca, y los protegidos del favorito atesoraban millones y millones.

Bajo aquella corte de privados y parásitos se hallaba colocado Cervantes, oscuro y empobrecido hidalgo, entre el pueblo miserable y oprimido y esa aristocracia consagrada a la ardua tarea de matar el tiempo: solo en medio de los hombres y obligado a vivir consigo mismo, observar, meditar, callar y sufrir, ¿con quién podría entenderse, a quién pediría el alivio de sus penas? ¿Al pueblo, más desgraciado que él; a esos nobles, que le desdeñaban; o al duque de Lerma y a su corte, incapaces de comprenderle, ni de estimar su virtud y sus servicios? Eran estos hombres dados sólo a su negocio, utilitaristas; y el utilitarista es sordo a toda voz que no sea la de su interés; es el hombre degenerado por el pecado original, sin la redención ni su esperanza; para él no hay Dios, ni humanidad, ni patria, y le son indiferentes parentesco y amistad; su corazón es una entraña como cualquiera otra, que no se mueve jamás por sentimiento sino por sensación; para él la amistad es negocio, las relaciones de sangre conveniencia social, y el patriotismo especulación; todo lo sacrifica a los goces materiales: amor, justicia, honor, gratitud y cuantas virtudes podáis imaginar, se resumen para este ser degradado en una simple palabra: *Yo*.

Ahora imaginad, si podéis, tortura mayor ni más profunda que la que sufriría Cervantes, obligado a esperarlo todo de esa sociedad, a la que moralmente no pertenecía, en la cual vivía a todas horas contrariado, sin poder nunca descender hasta ella, ni lograr tampoco que ella se alzase hasta él. ¿Podremos extrañar que viese olvidada su virtud, desconocidos sus servicios y ultrajada su dignidad por aquellos nobles que llegaron hasta el extremo de negarse a aceptar la dedicatoria del *Quijote*; y que de decepción en decepción, de trabajo en trabajo, de miseria en miseria, fuera a parar a una cárcel y a ser confundido allí con la última clase social? Comparad esta situación de Cervantes con la creación que en ella produjo su ingenio, y tendréis que concluir conmigo en que en esto, como en todo, se cumple la ley admirable del contraste, invocada al empezar este discurso.

Coloquemos a Cervantes en situación propicia a su fortuna, en una nación próspera, bajo un gobierno que hubiese dejado amplio campo a la actividad individual, estimador de las artes y las ciencias, y solícito en premiar el mérito y los servicios prestados a la patria, y entonces destinado a un alto puesto en la milicia y en la administración pública, o consagrado a empresas agrícolas, mercantiles o fabriles, no habría tenido jamás ni ocasión ni tiempo de producir el libro que constituye su gloria. Así sabe la Providencia contrarrestar con los premios que concede aun sobre la tierra las penas que soporta la virtud, mediante la contraposición del bien al mal; ley que, cosa singular, Cervantes desconocía y aun negaba, al propio tiempo que en él mismo se cumplía.

En el prólogo del *Quijote* disculpándose de haber engendrado, como él dice, en una cárcel *donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido tiene su habitación, un hijo seco, avellonado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios, nunca imaginado de otro alguno*, se expresa en estos términos: "El sosiego, el lugar

apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento." Estas palabras, como veis, están en contradicción con el hecho. El *Quijote* no fue inspirado por el murmurio de las fuentes y la quietud del espíritu, sino por el rechinar de los cerrojos y la amargura del corazón. ¡Ah! Las grandes concepciones del espíritu, así como las altas virtudes, han sido siempre el fruto del desengaño y del dolor, y siempre la religión y su hermana menor la poesía, el seguro refugio de las almas doloridas: Homero canta, mendigo y ciego, sus poemas inmortales; Dante produce en el destierro su *Divina Comedia*; Milton, ciego también, en la pobreza y olvidado de aquellos a quienes había servido en el tumulto de las revueltas, escribe su *Paraíso Perdido*; Tasso, Camoens, Delille... ¿para qué nombrar más? Todos los genios de la poesía son testimonios flagrantes de la verdad que acabo de enunciar.

Lo mismo que en los individuos, se verifica en las sociedades. La verdad no muere aunque la cubra y eclipse transitoriamente el turbión de las pasiones. Del seno mismo de las más profundas conmociones sociales y por entre las ruinas que las revueltas amontonan, alzan acordes sus voces y alientan la esperanza del corazón adolorido, la religión y la poesía. Bajo el desordenado imperio de las muchedumbres que se revuelven, del vil utilitarismo que todo lo corrompe y de los tiranos vulgares que la democracia exagerada y la perversión de las costumbres entronizan, la razón no es escuchada; la virtud, perseguida, se oculta vergonzante; el patriotismo calla; el desaliento se apodera del corazón, y el hombre de bien, desestimado dondequiera y desechado de un mundo en que está de sobra, busca por consuelo el movimiento interior de su espíritu. En épocas semejantes pueblan la Tebaida y la Palestina los Pablos, los Antonios e Hilarios; y los que no tienen el alma tan bien templada cuanto es necesario para alzarse de una vez hasta las regiones de lo infinito y contemplar de frente y cara a cara, diré así, la belleza increada, buscan en bellezas de un orden inferior camino que los conduzca y eleve por grados hasta ella. Entonces la consideración de la sociedad disuelta, del crimen triunfante y de la virtud impunemente oprimida, arrancan del poeta exclamaciones como ésta de Virgilio, tan hábilmente traducida en circunstancias análogas por el digno amigo que actualmente nos preside:

¡Oh! si a hombre no teméis que cuenta os pida,
Que hay dioses recordad que nunca mueren,
Y premian la virtud y el crimen hieren.

Sí, señores, en las épocas de general trastorno moral y político, aparecen los grandes santos y los grandes poetas. Entonces, en fuerza de una ley providencial y por contraposición al crimen y a la fealdad de sus resultados, reacciona el sentimiento de lo justo y de lo bello

y brotan por favor divino el bien del mal, y el orden del seno mismo de la confusión. Es un hecho, una verdad histórica: la vuelta a las creencias y al cultivo de las letras es el medio lento, pero el único y seguro, de regeneración para los pueblos anarquizados. Por eso la poesía, cuando se aparta de Dios y se hace sensual y materialista, es un ángel decaído, pérfido Luzbel que abjura de su origen y renuncia a sus destinos inmortales.

Sucede con frecuencia que cuando la reacción de que hablo ha adquirido cierta fuerza, la sociedad arma con su poder a un hombre para fomentarla y reprimir la anarquía; que éste, o porque no puede menos, o por cálculo, o por vanidad, dispensa algún favor y estímulo a las letras, y entonces se le atribuye la gloria que éstas dan con su brillo a la República. Así los nombres de tiranos como Augusto, y de déspotas como Luis XIV, han aparecido en mala hora asociados a los triunfos de la literatura, por lo cual no han faltado quienes digan que las letras sólo florecen al amparo de la tiranía. ¡Error, blasfemia que debemos anatematizar! La belleza y la tiranía se rechazan. De que dos cosas coexistan algunas veces, no se sigue que la una dependa de la otra. La reacción en favor de la virtud y de la belleza en los países anarquizados, ha precedido siempre a la restauración del orden; y si de éste se ha pasado por exageración al despotismo y al poder absoluto, culpa no es ni de la religión ni de la poesía, sino natural efecto del horror que produce en el alma el recuerdo del desorden y del crimen.

Felices, sí, mil veces felices aquellos a quienes toca, separados del bullicio político, consagrarse a los estudios literarios, generalizar la afición a ellos, y hacer que poco a poco se enamoren los hombres de la belleza y la virtud. La reacción literaria que empieza ya en los pueblos americanos, de tantos años atrás devorados por la anarquía, es a mi juicio un síntoma feliz, la aurora de un nuevo día; y la existencia de esta Academia, grato presagio de un porvenir más tranquilo y dichoso para Colombia.

¡Dios lo quiera!